

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador  
Departamento de Sociología y Estudios de Género  
Convocatoria 2015-2017

Tesis para obtener el título de maestría de investigación en Ciencias Sociales con  
mención en Género y Desarrollo

Testimonios ocultos, una vida aquí y allá: Mujeres migrantes y su reinserción en  
el núcleo familiar.

Daphne Estefanía Villena Carrera

Asesora: Gioconda Herrera  
Lectoras: Lucía Pérez, Diana Santos

Quito, febrero de 2023

## **Dedicatoria**

*A ellas, sus hijas y sus madres.  
A mis abuelas, a mi madre y a mí.*

## Índice de contenidos

|   |    |
|---|----|
| <b>Resumen</b> .....  | 7  |
| <b>Agradecimientos</b> .....  | 8  |
| <b>Introducción</b> .....   | 9  |
| <b>Capítulo 1. Género y migración de retorno</b> .....  | 16 |
| 1.1. Las identidades de género y la división sexual del trabajo.....  | 16 |
| 1.2. Migración y género .....   | 21 |
| 1.2.1. Género, migraciones y cuidados .....   | 23 |
| 1.2.2. Migración y familias .....   | 25 |
| 1.3. Retorno y género.....  | 26 |
| <b>Capítulo 2. El éxodo ecuatoriano a Europa y el escenario de retorno</b> .....                                  | 30 |
| 2.1. Escenario de la partida: crisis bancaria y éxodo .....   | 30 |
| 2.2. Condiciones de vida de la población ecuatoriana en España e Italia..   | 33 |
| 2.3. Crisis de 2008 y retorno.....  | 35 |
| <b>Capítulo 3. Causas de la migración femenina, proyectos migratorios y cuidados transnacionales</b> .....        | 38 |
| 3.1. Perfiles de las mujeres migrantes, inserción laboral y proyectos migratorios                                 | 38 |
| 3.2. Representaciones de género y cuidados.....   | 44 |
| 3.3. Contexto de salida y motivaciones para emprender sus procesos migratorios                                    | 45 |
| 3.4. Experiencias de la maternidad transnacional.....   | 49 |
| 3.4.1. Proveedoras.....   | 49 |
| 3.4.2. Organización en los temas de cuidado.....  | 49 |
| 3.4.3. Expectativas del cuidado.....  | 51 |
| 3.4.4. Percepciones sobre los roles de género durante el proceso migratorio                                       | 53 |
| 3.5. Cambios masculinos frente a los cuidados y las transformaciones familiares durante la ausencia materna ..... | 55 |
| <b>Capítulo 4. De regreso a casa: reinserción social, relaciones de género y maternidad</b> .....                 | 59 |
| 4.1. Motivaciones para el retorno .....   | 59 |

|      |   |           |
|------|---|-----------|
| 4.2. | Expectativas del retorno.....                                   | 62        |
| 4.3. | Organización del trabajo y de la vida familiar al retorno ..... | 66        |
| 4.4. | Aprendizajes .....  | 68        |
|      | <b>Conclusiones .....</b>                                       | <b>69</b> |
|      | <b>Referencias.....</b>   | <b>73</b> |

## **Lista de ilustraciones**

### **Tablas**

|  |    |
|--|----|
| Tabla 3.1. Perfil de entrevistadas ..... | 39 |
|--|----|

## **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Daphne Estefanía Villena Carrera, autora de la tesis titulada *Una vida aquí y allá: mujeres migrantes y su reinserción familiar (testimonios ocultos)*, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Ecuador. Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, febrero de 2023.



Escaneo el código QR con:  
DAPHNE ESTEFANIA  
VILLENNA CARRERA

Daphne Estefanía Villena Carrera

## **Resumen**

Esta investigación analiza cómo el retorno femenino influye en las transformaciones de los roles de género y las relaciones de poder dentro de las familias transnacionales, mediante entrevistas a quince mujeres que regresaron sobre todo de Europa. La premisa es que las mujeres a su retorno modifican su rol dentro de la familia, ya que sus condiciones sociales y económicas cambian. Los hallazgos evidencian que las mujeres-madres-migrantes, al llegar, desempeñan dos roles: proveedoras y reproductoras. Esta reacomodación da paso a nuevas relaciones de poder al interior del núcleo familiar, que, sin embargo, agudizan las acciones que procuran fortalecer las relaciones familiares y su desempeño como madre, lo que perpetúa el orden jerárquico de género que sostiene el sistema patriarcal.

## **Agradecimientos**

Consciente de que el conocimiento no se construye de manera individual, quiero dar infinitas gracias a Gladis, Mónica, Vilma, Estefanía, Angélica, Sofía, Mery, Andrea, Cecilia, Lida, Nelly, Martha, Silvia, Ruth y Lina, quienes a través de sus historias me hicieron parte del aprendizaje colectivo y contribuyeron para que entienda los fenómenos sociales desde la mirada de las mujeres que protagonizan los procesos migratorios.

A Gioconda Herrera, asesora de esta investigación, por su paciencia, comprensión y positivismo durante estos años; su enorme sabiduría me llevó a comprender el propósito de esta investigación; gracias por haberme impulsado —aunque ella no lo sepa— a estudiar esta maestría, ya que desde que empecé a leerla en pregrado me propuse, casi como una segunda carrera, el poder asistir a sus clases.

A la Mona Astudillo, por sus constantes insistencia y amables comentarios para que pueda terminar esta tesis.

A todas y cada una de mis maestras de vida, que, durante el desarrollo de la maestría, compartieron sus conocimientos y experiencias para que aprendiera a ser una mejor persona.

A ti, madre, por inspirar esta investigación, en cada momento que te he tenido como ejemplo.

A mi padre y hermanos por el constante apoyo en todas mis decisiones. Los amo.

## Introducción

En Ecuador, los años noventa transcurrieron de una manera singular: mujeres y hombres decidieron dejar su patria empujados por la grave crisis socioeconómica que vivía el país. Esta salida masiva tuvo como destino varios países europeos: Inglaterra, Suiza, Suecia, pero principalmente España e Italia; también Estados Unidos.

Sin embargo, desde 2008, con la crisis global y el *crack* inmobiliario en los dos principales destinos de la migración ecuatoriana —Europa y Estados Unidos—, se inició su retorno. Este proceso no fue fácil, sobre todo para las mujeres. Muchas de ellas encontraron a sus familias transformadas, desde los afectos hasta las formas de reproducción material. La migración y el retorno significaron procesos y experiencias significativas, en lo bueno y en lo malo.

Esta tesis examina esta reinserción y la transformación familiar que conllevó para un grupo de mujeres migrantes. Centra su mirada en si el retorno femenino influyó o no en las transformaciones de los roles de género y las relaciones de poder dentro de las familias transnacionales.

La migración femenina implica dinámicas familiares flexibles. Tanto mujeres como hombres experimentan cambios en los roles de género dentro de la sociedad, que se adaptan, modifican conductas y hábitos, definen papeles dentro de las familias. Los cambios de los roles de género, asumidos durante el proceso migratorio, se observan en la redefinición de responsabilidades de cada miembro familiar. Estas transformaciones en los roles y posiblemente de sus identidades de género parecen producirse por dos razones fundamentales: la capacidad de contar/administrar recursos económicos que trae la migración para las mujeres, y lo que llamaré el *poder afectivo*, que sería la capacidad de mantener los vínculos emocionales a la distancia.

Con este preámbulo, la investigación se pregunta: ¿Qué transformaciones experimentaron las mujeres en el retorno respecto a sus roles de género al interior de sus familias y en su vida de pareja?

Para responderla, indagué en su proceso de regreso: analicé las motivaciones para volver, a qué tipo de orden de género retornaron y de qué manera se insertaron al interior de sus familias.

Al hacerlo entendí que hay una relación directa entre la experiencia de retorno y la forma en que estas mujeres experimentaron su vida familiar durante el proceso migratorio. Para probarlo, esta tesis reconstruye la manera en se mantuvieron las relaciones a distancia durante la migración: ¿Qué tipo de preocupaciones y problemas hubo en las relaciones transnacionales? ¿Cuáles fueron los arreglos de cuidado a la distancia?

Abordé esta investigación desde una perspectiva teórica feminista sobre las migraciones. En particular, los debates en torno a los conceptos de feminización de las migraciones, familias transnacionales, cuidados globales e identidades de género, y sobre la relación entre género y retorno.

El aporte que hace este trabajo es analizar cómo se produce el retorno de las mujeres a sus núcleos familiares, de qué manera son percibidas y recibidas en ellos, cuáles son los cambios que experimentan y sus implicaciones en las relaciones de poder dentro de las familias que las acogen nuevamente. Puesto que otros trabajos se han enfocado en el retorno laboral y social de las mujeres, esta investigación no analiza estas dimensiones sino únicamente el ámbito familiar.

En los análisis sobre migraciones, el retorno es de gran importancia pues es un proceso que genera transformaciones en todos los ámbitos. La reinserción laboral, económica y familiar exige una revisión profunda que visibilice sus consecuencias. Y entre estas, la familiar tiene especificidades marcadas y es un activador de las metamorfosis de roles de género en su interior, pues trastoca la concepción hegemónica de la familia tradicional nuclear. Por ello es la preocupación central de esta investigación.

En ese sentido, aporta la escasa literatura que existe sobre las relaciones de género en el retorno, y se sostiene especialmente en la forma testimonial que describe las distintas motivaciones para emprender el proceso migratorio inverso. Pone en evidencia: la violencia que se vive en los hogares —una de las causas para migrar—, el problema de la maternidad transnacional y las situaciones de poder que enfrentan a las mujeres-madres con las personas a cargo de hijos e hijas.

En cuanto a la metodología, realicé esta tesis desde un enfoque descriptivo y explicativo que responda a la pregunta de investigación ya señalada; lo descriptivo para detallar los rasgos

particulares que influyen en las relaciones de género en el núcleo familiar; lo explicativo, para esbozar las posibles causas que transforman las identidades de género en el retorno.

Para recolectar la información realicé entrevistas estructuradas a quince mujeres migrantes retornadas, divididas en dos momentos: en el primero, obtuve datos sobre sus contextos migratorios, la división sexual del trabajo entre ellas y sus parejas durante todo el proceso migratorio —antes, durante y en el retorno—, poniendo énfasis en la toma de decisiones respecto a asuntos familiares, de sus hijas e hijos y la economía familiar. Además, indagué sobre cómo empleaban su tiempo libre durante su proceso migratorio.

En el segundo momento, recolecté información sobre cómo el proyecto migratorio reacomodó las identidades de género dentro de las familias; indagué a profundidad sobre los roles de género y las percepciones individuales frente a lo “reproductivo/productivo”.

Asimismo, levanté información mediante una entrevista a Giovanna Tipán, exdirectora de la Unidad de Movilidad Humana del Gobierno Autónomo Descentralizado de Pichincha (GAD-P).

[Debo aclarar que las entrevistadas dieron su consentimiento para que se publique tanto el contenido como sus nombres reales].

Las entrevistadas para esta investigación son mujeres de la Sierra en su totalidad, con edades que oscilan entre los 26 y 60 años; que han accedido mayoritariamente a educación de tercer nivel y estudios de bachillerato. Los destinos migratorios son España, Italia, Alemania, Suecia y Canadá. Después de la crisis de 2008, estas mujeres emprendieron el retorno luego que haber permanecido entre dos y quince años en aquellos países. Todas, durante su estancia fuera de nuestro país, dejaron a su familia en manos de terceros. De las quince entrevistadas, solamente dos no tenían hijas e hijos. El promedio de las trece restantes es de tres hijas/hijos. Diez de ellas decidieron dejar el cuidado de sus hijos e hijas en manos de abuelas, hermanas o hijas mayores. Solamente tres entrevistadas afirmaron haberlos dejado al cuidado de sus parejas. Las edades de sus hijos e hijas van de los siete hasta los veinte años.

En cuanto a la estructura familiar al retorno, la mayoría de mujeres migrantes tuvo que hacerse cargo no solamente de sus hijas e hijos, sino de los padres, hermanas y hermanos que estuvieron a cargo de los cuidados del hogar, como muestra de agradecimiento por suplirlas

durante los años de ausencia. Cuatro de las entrevistadas mantienen su estado civil de divorciadas, seis de ellas son solteras, cabezas de familia, y cinco son casadas y aún viven con sus esposos.

Esta investigación hizo diferentes hallazgos, que serán descritos en detalle a lo largo del texto, y que a continuación se anuncian:

El primero tiene que ver con la motivación para el retorno. La mayoría de las mujeres justifican su retorno más allá de las condiciones económicas causadas por las crisis. Construyen sus narrativas en torno a problemas al interior del núcleo familiar y sobre la necesidad de cumplir con su rol de madres cuidadoras. Consideran que sus familias se encontraban desarticuladas y los vínculos afectivos habían disminuido. El retorno es visto como la posibilidad de articular lo uno y recuperar lo otro.

En efecto, como se muestra en el capítulo tres, a medida que avanzaba el proyecto migratorio, los acuerdos sobre el cuidado de sus hijos y la administración de las remesas se fueron diluyendo, y las personas que se quedaron a cargo rompieron el trato con las mujeres migrantes. Los problemas en cuanto a la conducta y responsabilidad frente a las y los hijos se hicieron evidentes y muchos de ellos y ellas enfrentaban problemas de bajo rendimiento escolar, depresión, drogas, alcoholismo o embarazos no deseados.

La idea de una maternidad ausente por causa de la migración hizo que las mujeres retornaran y se sometieran a un orden de género donde priorizan los roles domésticos y de reproducción al interior del hogar. La culpa de haber migrado para mejorar “supuestamente” las condiciones de vida de la familia pesaron mucho en las mujeres migrantes, pues asumieron que, por no haberse quedado a cuidar de sus hijas e hijos, ellas y ellos habían tomado malas decisiones.

Un segundo hallazgo es que, a pesar de que durante el proyecto migratorio estas mujeres pudieron enviar remesas que aseguraron la reproducción transnacional de sus familias, y tuvieron la expectativa de construir una vivienda o invertir para el futuro, cumpliendo así un rol de proveedoras, este no se pudo sostener porque las negociaciones y decisiones sobre la distribución del dinero para gastos e inversiones no se hicieron tomando en cuenta sus puntos de vista. Esto quiere decir que, a pesar de que ellas estuvieron realizando un rol de

“proveedoras”, no tomaron ninguna decisión en cuanto al cuidado de hijos o hijas y peor aún en el manejo económico de las remesas que enviaban cada mes o semana.

La construcción de sus viviendas o departamentos no se hizo realidad. No obstante ser, según las entrevistas, uno de los principales motivos para migrar. A su retorno, en la mayoría de casos no se había hecho ninguna construcción, o, si se hicieron o adquirieron, no eran cómo ellas habían imaginado o no se había gastado en ello todo el dinero que les decían.

Otro tema dentro de este punto es la inversión en los estudios de hijas e hijos: las entrevistadas aseguran que siempre enviaron un dinero extra para pagar tareas dirigidas o clases extracurriculares, pero que no vieron ningún resultado. Es decir, el sustento económico familiar no necesariamente implica tener el control sobre lo que se hace, al contrario, son las tareas de reproducción y cuidado las que generan decisiones en la vida cotidiana familiar.

El último hallazgo de este trabajo es la discusión en torno a cómo el orden de género y los roles trasmutan mientras las mujeres madres migran, ya que ellas asumen más el rol de proveedoras que de cuidadoras, situación que no se refleja en los hombres que se quedaron a cargo de los hijos, ya que los cuidados siempre recayeron sobre la figura femenina de la familia transnacional.

Como ya dije: a pesar de ser las proveedoras, estas mujeres no fueron parte de las decisiones cotidianas familiares, porque la concepción de los roles de género tradicionales no cambió en la conciencia colectiva de la familia. Sus miembros concebían a la mujer migrante como proveedora, pero sin la capacidad de tomar decisiones sobre la cotidianidad familiar —como los gastos para la educación o alimentación diaria—, que fueron asumidos por la figura de la cuidadora o cuidador a cargo del hogar, situación que “cambió” con el retorno de las entrevistadas: pues regresaron a desempeñar ambos roles, tanto de proveedoras como de cuidadoras de su hogar.

La tesis sostiene que el orden tradicional de los roles de género no se mantuvo en la práctica familiar de las entrevistadas, ya que no se basó en qué género debía cumplir qué, sino en quién era el o la proveedora y quién cuidaba del hogar. Siendo esto último más valorado a la hora de la toma de decisiones en el lugar de origen. Es decir, la división del trabajo en estas

familias no estuvo determinado necesariamente por el sexo de la persona sino por cómo era su aporte, si de cuidado o económico.

En el caso de las mujeres, la investigación muestra que a pesar de haber tenido temporalmente un rol de proveedoras y de continuar teniéndolo en el retorno, esto no significó una mayor capacidad de decisión; al contrario, ellas más bien se movilizaron empujadas por la culpa respecto a los efectos de su ausencia.

Con el retorno, las modificaciones en el orden de género tradicional se evidencian en que estas mujeres son el sustento económico y de cuidados de hijas e hijos que aún viven con ellas y, en algunos casos, de los miembros de su familia ampliada. A su regreso, debieron cumplir con ambos roles y con la capacidad de tomar decisiones.

Evidentemente, los roles de género dentro de las familias transnacionales mutan bajo el efecto del proceso migratorio. Sin embargo, esto no parece depender del género en términos rígidos, sino de la actividad que desarrollan dentro de la familia para cubrir las necesidades emocionales y financieras; lo que quiere decir que el género no tiene construcciones fijas, sino que se adapta a las necesidades.

El cuarto punto de esta investigación hace referencia a los beneficios de la migración. Cuando las entrevistadas hablan de esto, ellas se refieren netamente a lo económico, la mayoría de las mujeres-madre-migrantes aseguran que la situación emocional de sus hijas e hijos se debió al “abandono” producido por la migración; es decir, por ellas. Afirmaciones que hacen suponer que el orden de género tradicional y las creencias alrededor de lo que debe hacer una madre, un padre y una hija o hijo se encuentran muy marcadas dentro de las familias en el lugar de origen.

Estos hallazgos se organizan de la siguiente manera en la tesis.

Para empezar, planteó el marco teórico, que da las directrices del trabajo; en este capítulo se desarrollan los debates en torno a género y migración de retorno y los conceptos de identidades de género, división sexual del trabajo, cuidados y familias transnacionales, que son los que usaré en el desarrollo de la investigación.

El segundo capítulo hace referencia al contexto migratorio de estas mujeres en el período 1990-2000 y la crisis de 2008, que es el escenario donde se desenvuelve su proyecto de retorno.

El tercer capítulo se enfoca en las relaciones de cuidado que mantuvieron las mujeres con sus familias a nivel transnacional. El cuarto capítulo describe las experiencias de empoderamiento/desempoderamiento con el retorno de las mujeres a su vida familiar en Ecuador.

Para finalizar, en el capítulo de conclusiones se plantean algunas visiones relevantes de los hallazgos encontrados.

## **Capítulo 1. Género y migración de retorno**

Al iniciar este capítulo debo recalcar que los debates recogidos en las líneas que siguen son aproximaciones a los distintos enfoques desde las teorías feministas. Lo que se expone está enfocado principalmente en la construcción de la identidad femenina y los cambios que se producen —o no— en las relaciones de género durante el retorno. Para ello, es necesario hacer algunos acercamientos teóricos que expliquen la problemática.

En primer lugar, presento los debates en torno a las identidades de género. Empiezo con la crítica feminista a los conceptos de roles y, luego, paso a sus distintas perspectivas sobre las identidades de género y su relación con la división sexual del trabajo.

Después examino tres aportes sobre la relación entre género y migración: cómo el género ayuda a complejizar los motivos de la migración, cómo se redefinen las relaciones con el cuidado y cuál es la discusión en torno a las familias tradicionales y las familias transnacionales en estos debates.

Finalmente, examino qué nos dicen los estudios sobre género y retorno en Ecuador.

### **1.1. Las identidades de género y la división sexual del trabajo**

En la década de los sesenta se inició un proceso de visibilización de las mujeres en las reflexiones teóricas de las disciplinas sociales, donde se abrió el debate sobre género. Después de esos aportes, Román (2008) dice que no se puede hablar sobre una “teorización de género”, ya que en los análisis hubo varias posturas que no han llegado a un consenso para definir de forma precisa qué es el género.

En ese contexto, es imperativo mencionar algunas teorías que conceptualizan al género como una construcción social de diferencia sexual. Para el feminismo cultural, asumir que existe algo construido por las sociedades, que lo aparta de lo “natural” de ser hombre o mujer, significa reconocer que cada cultura lo hace con significados diferentes para cada cuerpo. Los significados y distinciones entre ambos sexos han sido una de las primeras maneras de organizar a la sociedad; el análisis de género incluye a todo lo que hace dentro de una formación social, desde lo cotidiano y las subjetividades hasta la construcción de instituciones regulatorias de la esfera pública (Flores 2010, 31).

Para Teresita de Barbieri, las posturas sobre género se alinean a dos vertientes principales: el individualismo y el holismo. En el primer caso, el género es un atributo de los individuos, que los clasifica. En el segundo, sostienen que el género es una “dimensión de la sociedad [...] el centro del análisis no serán los varones y las mujeres, sino las reglas, normas, valores, representaciones y comportamiento colectivos” (1996, 9).

El análisis teórico que hace Judith Butler (2011) se ancla en el enunciado de Simone de Beauvoir (1949) “la mujer no nace, se hace”, al afirmar que ser mujer es una construcción diaria impuesta en función de un propósito social. En un sentido estricto, afirma que no existe un sexo natural, sino que una cultura determinada produce, mediante el lenguaje, cuerpos disciplinados en los cuales no es posible distinguir sexo y género; por lo tanto, el sistema sexo-género es una estructura en donde se modelan sujetos de manera que correspondan a una heterosexualidad obligatoria.

Entonces, el género manifiesta una construcción histórica, simbólica y social de la diferencia sexual entre mujeres y varones. Para Marcela Lagarde “la categoría género analiza la síntesis histórica que se da entre lo biológico, lo económico, lo social, lo jurídico, lo político, lo psicológico, lo cultural; implica al sexo, pero no agota así sus explicaciones” (citada por Flores 2010, 13).

Respecto a la conceptualización sobre la identidad de género, según Flores (2010), el feminismo hace una crítica a las concepciones de los roles sociales de Parsons (1964), quien evoca la propuesta de Freud sobre la formación de la identidad mediante la interiorización de las normas y conductas individuales acordes con los valores dominantes (Flores 2010). Siguiendo al psicoanálisis clásico, la identidad de género se fundamenta en la castración simbólica femenina, que reconoce al falo como símbolo de poder masculino, y se basa en las diferencias anatómicas. Bajo esta afirmación, los roles sexuales sostienen la desigualdad entre mujeres y hombres pues se basan en lo biológico, no se pueden modificar y se reproducen sobre las identidades ya establecidas.

Así, siguiendo este postulado, la vida del individuo no sufrirá ninguna modificación dado que la identidad de género se adquiere durante la socialización primaria, rígida y sin cambios posibles. Según Connell (1987, citado en De Martino 2013), este enfoque cae en un determinismo social, pues encasilla a los individuos en estereotipos sociales e invalida su

subjetividad. Y en su crítica el autor incluye cuatro consideraciones: “su voluntarismo e incapacidad para teorizar los conflictos de poder y de intereses sociales, su dependencia en una dicotomía biológica, la prevalencia de un caso normativo estándar, y la consiguiente omisión de la resistencia y la ausencia de teorización sobre la historicidad del género” (Flores 2010, 34).

Siguiendo esta postura —porque es de interés para la investigación—, en el núcleo familiar se pueden identificar claramente dos roles: el instrumental y el expresivo; el primero cumple como intermediador con el mundo exterior, principalmente ocupado por los hombres; el segundo se encarga de la reproducción y las relaciones al interior de la familia, ocupada por las mujeres. Esta forma de organización social funciona para los padres, los hijos y las sociedades.

Según Román (2008) los roles se construyen y se reproducen mediante dos instancias: la internalización que es el “proceso de aprendizaje de las expectativas y acciones adecuadas en consonancia con la posición individual” (34). La segunda, la que permite construir una identidad subjetiva para convertirse en miembro de una sociedad. Es ahí donde el género es adquirido y asumido, inclusive antes de la identidad sexual. En esta fase, el sentido subjetivo es menor; por lo tanto, la carga emocional es también menos enérgica que en la primera fase. En decir, en la segunda el género tiene una mayor posibilidad de modificarse.

Bajo estas premisas, la construcción de los cuerpos, femenino y masculino, está ligada al deseo por el opuesto: las mujeres hemos sido erigidas y disciplinadas de maneras específicas para construir un “sujeto femenino”. Así la sociedad, haciendo esta distinción o división de las características biológicas, tiende a asignar características específicas a los individuos, que se traducen en funciones desiguales para hombres y mujeres.

Para Arango (1995) el concepto de género ha dividido el análisis de la identidad femenina en dos vías: la “identidad de género” y la identidad femenina son un constructo social y cultural, transformable que se diferencia de la identidad sexual comprendida como una estructura psíquica. La segunda “es la problematización de la identidad masculina en las interrelaciones entre la identidad femenina y masculina” (23).

En sus inicios, los debates feministas se centraron en resaltar la condición de las mujeres y cómo las relaciones sociales se han ido construyendo bajo contextos específicos. Las alianzas en la esfera pública tomaron una importancia considerable en las relaciones privadas o en el ámbito de lo íntimo modificando cada vez más los objetos de estudio, profundizando el análisis de la situación de la mujer como *sujetas* históricas y sociales, sus diferencias en la experiencia de ser mujer, su cotidianidad, la familia y las diferentes instancias de socialización individual y colectiva.

Después de la fuerte crítica feminista sobre la situación subordinada de la mujer en la sociedad, aparecen nuevas definiciones en el campo de las identidades. Para la década de los ochenta, los movimientos feministas enfatizan sobre estas redefiniciones: Butler (1999), Alcoff (1988), en cuanto al género como construcción social de lo femenino y masculino, privilegiaron lo simbólico y social sobre lo biológico para explicar las diferencias entre mujeres y hombres. Conceptos que han ampliado la discusión a las distintas dimensiones de la diferenciación de lo masculino y lo femenino (Arango, León, Viveros 1995).

Recientemente, se trata de discutir sobre las identidades de género, tanto femeninas como masculinas, ya que los debates desarrollados por el feminismo se enfocaron en el análisis de las identidades femeninas antes que en las masculinas (1995).

Según estas autoras (1995), en los estudios transversales de las identidades de género, se observan tres grandes áreas de reflexión latinoamericana: la subjetividad y las formas individuales de obtener una identidad de género, las condiciones sociales e históricas que modifican y definen las identidades sociales del género y las representaciones sociales y culturales que buscan dar sentido a la diferenciación sexual (25). Esto quiere decir que la identidad de género es pensada como un proceso que se encuentra en constante construcción y que cambia según la condición o posición del sujeto, clase, etnia, edad, género y las relaciones de género que se edifican como efecto de la cultura, la sociedad y la historia.

Para definir la identidad femenina, Marcela Lagarde (1990) propone concebirla como un “conjunto de características sociales, corporales y subjetivas que las caracterizan de manera real y simbólica de acuerdo con la vida vivida” (1). Las experiencias particulares de cada mujer, determinadas por las condiciones de vida que incluyen un sinnúmero de factores, es el contenido esencial que la define como ser social y cultural. Las construcciones sociales,

históricas y biológicas que se han levantado en torno a la mujer en cuanto a comportamientos, actitudes, capacidades intelectuales y físicas, evidencian la ideología patriarcal que afirma que la condición de ser mujer está determinada por la biología y lo congénito, y que no pueden ser cambiada.

La condición genérica es histórica en tanto que es diferente a lo natural. Es opuesta teóricamente a la ideología de la naturaleza femenina. La cual supone un conjunto de atributos sexuales de las mujeres, que van desde el cuerpo, hasta formas de comportamiento, actitudes, capacidades intelectuales y físicas, su lugar en las relaciones económicas y sociales, así como la opresión que las somete. La ideología patriarcal afirma que el origen y la dialéctica de la condición de la mujer escapan a la historia y, para la mitad de la humanidad, corresponden a determinaciones biológicas, congénitas, verdaderas e inmutables (Lagarde 1990, 2).

A cada mujer la define un conjunto de características que se basan generalmente en la formación social en que nace, vive y muere. A pesar de compartir un mismo género las situaciones en las que se desenvuelven son distintas, puesto que, dentro de su ciclo de vida, las experiencias edifican una imagen basada, como lo explica Lagarde (1990), en sus relaciones de producción-reproducción, clase, trabajo, grupos etarios, relaciones con las otras mujeres, con hombres, sexualidad, erotismo, costumbres, tradiciones, subjetividades personales, acceso a los bienes materiales y simbólicos, religión, idioma, conocimiento, ideologías... que identifican y diferencian a las mujeres entre sí, sin dejar de lado la condición histórica que comparten.

La feminidad “es la distinción cultural históricamente determinada, que caracteriza a la mujer a partir de su condición genérica, y la define de manera contrastada, excluyente y antagónica frente a la masculinidad del hombre” (Lagarde 199, 2).

Las definiciones en torno al tema de lo femenino se han realizado históricamente desde las concepciones patriarcales que le han atribuido naturalmente características, comportamientos, pensamientos, creencias, lenguajes y relaciones que toda mujer debería asumirlas para ser reconocida como tal. A consecuencia de estas concepciones, las mujeres han sido relegadas al ámbito privado donde desempeñan roles socialmente asignados. Sobre todo, los del cuidado dentro del hogar.

Como se leerá en este trabajo, estas concepciones están muy arraigadas en la cultura y en la vida de las mujeres y tienden a resistir las transformaciones materiales que ellas experimentan. Si bien se han producido muchos cambios en sus vidas — ingreso al mercado laboral (y en este caso la migración y separación física del hogar) y muchos otros—, estos no necesariamente conllevan la transformación ni mucho menos el declive de estas concepciones. Muchas de las representaciones sobre el cuidado y la maternidad de las mujeres se mantienen o se resisten al cambio y producen contradicciones y ambigüedades en cómo las mujeres experimentan sus identidades, sobre todo en procesos de cambio de las formas de reproducción material, como puede ser la migración.

Para Riquer (1992) y Alcoff (1989) la posición concreta desde la que se interactúa con el mundo sitúa a mujeres y hombres también en lugares concretos; por lo tanto, en los procesos migratorios las experiencias y procesos sociales han sido completamente diferentes para hombres y mujeres, especialmente en cuanto a la división del trabajo para la consecución de los recursos económicos y las actividades de cuidado.

## **1.2. Migración y género**

El cambio en la estructura de los flujos migratorios provoca también giros conceptuales en los estudios dedicados al tema, ya que un número significativo de mujeres han migrado para ser parte de la apertura del mercado al trabajo feminizado.<sup>1</sup> Al principio, la migración hacia países desarrollados en busca de bienestar económico era sobre todo masculina; en la década de los noventa, en Ecuador, las mujeres se unieron a las filas de la migración, transformando el paradigma migratorio antes dominado por los hombres; lo cual derivó de una multiplicidad de factores, que feminizaron las migraciones y las complejizaron.

El análisis académico halló transformaciones en la composición familiar y en las relaciones de género que interactúan dentro de la estructura flexible de la migración, antes, durante y después de esos procesos.

Para Camacho (2004) el crecimiento del flujo migratorio de ecuatorianos y ecuatorianas respondió a las escasas posibilidades de trabajo, a los efectos de las políticas de estabilización,

---

<sup>1</sup> Doméstico, de cuidados, maquilas, servicios, etc.

al ajuste estructural en los años ochenta y la grave inestabilidad económica y política experimentada en la segunda mitad de los años noventa. Además, la demanda de mano de obra no calificada de algunos países desarrollados, la globalización y el bienestar relativo logrado por migrantes previos fueron los principales incentivos para que las mujeres se sumaran a la inmensa oleada migratoria (311).

Herrera (2006) explica que la feminización de las migraciones se inscribe dentro de los postulados feministas que relacionan la migración de las mujeres con los procesos globales de privatización de la reproducción social y el rol del trabajo doméstico. La experiencia migratoria femenina ecuatoriana refleja los efectos de la exclusión social y económica. La creciente migración femenina destinada al mercado de trabajo en el sector de cuidados, y los usos que hacen las familias en origen de las remesas, muestran uno de los procesos globales más importantes de la actualidad, “la transnacionalización de la reproducción social en condiciones de desigualdad” (28).

Según Román (2008) se incorporó la perspectiva de género como categoría de análisis de la migración femenina, para reconceptualizar la mirada ortodoxa de este hecho, abordando las relaciones de poder y las condiciones de las mujeres migrantes determinadas por los contextos sociales y familiares.

En el transcurso del proyecto migratorio (Camacho 2004) las mujeres experimentan distintos procesos, en los que se constatan altos costos emocionales, discriminación y vulneración de sus derechos. Sin embargo, varias mujeres consideran que acceder a un trabajo remunerado posibilita su independencia económica, genera recursos para el hogar e incrementa su poder de decisión y negociación dentro de los hogares y frente a sus parejas (319).

Según Gregorio (1998) una posible evidencia surgida de la migración femenina es el cambio de las relaciones económicas y sociales que se organizan entre los géneros, pero ningún cambio real en las relaciones ideológicas.

Los cambios que sí son notables como consecuencia de ella se han dado dentro de la estructura familiar, pues los imaginarios de la población han recibido un fuerte impacto en la base fundamental de la familia y en las relaciones de poder dentro de ella (Sorensen 2015, 260).

Al interior de la familia cada miembro —hombre y mujer— cumple roles específicos delimitados en un marco moral por sexo y en un mismo espacio físico, con obligaciones y responsabilidades preestablecidas por el género. Por ejemplo, las mujeres cumplen el doméstico y el laboral remunerado; los hombres, el rol de proveedor y protector familiar, siguiendo la norma de la familia tradicional, como lo plantea Flores (2010):

La familia tradicional, eclesiástica, está unida por los lazos de sangre —padre, madre, e hijos—, en un espacio determinado, donde se ejercen los roles de género socialmente constituidos, que responden a un pacto patriarcal. Estas características de la familia hegemónica enmarcan un sistema de subordinación histórica de las mujeres, en las que se cumplen roles específicos dentro de la familia, en calidad de esposas, madres, hijas, hermanas, viudas, divorciadas, siempre al frente de las áreas domésticas para el cuidado del hogar y de sus integrantes y de los que no han podido desligarse con su incursión en el campo laboral (29).

Para Hondagneu-Sotelo (2011) las concepciones unitarias de “hombre y mujer”—después de la propuesta teórica brindada por los feminismos negros— se reemplazan con la idea de que existen diversas feminidades y masculinidades, y que esto está estrechamente ligado a las desigualdades de clase, raza, nación y sexualidades. Esta afirmación nos ayuda a entender cómo las concepciones de hombre y mujer y, por ende, de los roles de género mutan bajo los efectos del proceso migratorio, ya que la mujer sale al espacio público para enfrentar y responder a las necesidades familiares.

### **1.2.1. Género, migraciones y cuidados**

En cuanto a la división sexual del trabajo, la teorización de la cadena global de cuidados, nos permite un enfoque intermedio entre las experiencias migratorias femeninas y la globalización de las migraciones para entender en qué consiste el cuidado y cómo se han venido configurando las distintas familias y relaciones en origen y destino. Así se intenta identificar la relación de las familias transnacionales mediante la organización social de cuidados y entender cómo se van redefiniendo las identidades de género en los procesos migratorios.

En los procesos migratorios las actividades de cuidado se modifican, ya que los roles femeninos y masculinos asumen nuevas actividades. Es evidente que las interconexiones de los espacios entre familias transnacionales marcan las identidades de género para cada

miembro, ya que las prácticas cotidianas atraviesan los cuerpos creando nuevos simbolismos sobre masculinidades y feminidades.

La base principal para organizar los cuidados globales se articula dentro de una red familiar: cada miembro es responsable de un rol y una tarea específicas, con modificaciones en tiempo y espacio, que se van construyendo gracias a los cambios de roles entre las mujeres que migraron y los que se quedaron.

¿De qué manera los roles de cuidado son ejercidos por las madres migrantes a la distancia y cómo se combinan o entran en contradicción con sus roles como proveedoras? ¿Y qué se entiende por cuidado dentro de las familias?

Para Camacho y Hernández (2009) “el acto de dejar los hijos a cargo de otros parientes demanda una comprensión del cuidado en la red familiar local, y de su formulación en términos transnacionales” (19). Las negociaciones en que se acuerdan estos cuidados marcan el carácter que tomarán los lazos familiares y cómo se trabajarán las relaciones durante el período de ausencia física de la madre. No solo se trata de la relación de confianza con el adulto que se queda a cargo, sino del vínculo niños- cuidadores-madres migrantes para formar una verdadera relación que permanezca mientras no se ven. Lo más importante en las familias transnacionales es aprender a trabajar para fortalecer los lazos entre padres, madres, hijos y encargados, roles que por lo general se transfieren entre sí. Como lo muestra esta investigación, la forma de mantener estos lazos es lo que tambalea en la experiencia migratoria y de retorno de las mujeres analizadas.

Según Gioconda Herrera (2011) la historia sobre la migración femenina y la transferencia de cuidados muestra que las cadenas transnacionales se tejen en una red social y cultural construida con base en jerarquías de género, sociales y generacionales, que imponen la forma en que ocurren los arreglos de cuidado dentro de las familias de origen, que se unen a concepciones y prácticas muy arraigadas dentro de ellas.

—Esta idea será utilizada para visibilizar cómo se organiza la familia a través del cuidado y qué identidades se producen dentro de las dinámicas familiares al retorno de la mujer—.

### 1.2.2. Migración y familias

La familia en el contexto de la migración internacional ha sido vista desde varios enfoques; especialmente el que articula lo cultural con lo político, visibilizándola como un espacio clave donde ocurre la toma de decisiones, sus rupturas o las negociaciones que revelan diversidades, y cambio en las estructuras y las relaciones, en el orden simbólico o generacional (Flores 2010, 31).

Herrera y Carrillo (2009) enfatizan la idea de Vertovec (2004), que propone que la migración impulsa o acelera las transformaciones que ya están en curso dentro de las familias. Según esta afirmación, podríamos suponer que la migración es un escenario donde se cristalizan los cambios que ya estaban ocurriendo dentro del núcleo familiar; pues la migración visibiliza las dinámicas familiares y destaca las transformaciones que se dan a su interior.

Su propuesta analítica concibe a las familias como “instituciones dinámicas”: las familias se construyen y se reconfiguran a través de los espacios y tiempos, adaptándose a las nuevas condiciones económicas y sociales. Su propuesta identifica a la familia no como un ente inmóvil, sino como un espacio transnacional en donde se desarrollan arreglos, acuerdos y dinámicas diferentes en torno a la convivencia diaria. Lo que nos ayuda a entender las diferentes configuraciones y estrategias que emprende la familia para mantener sus vínculos emocionales.

Según Román (2008) las familias actuales también quieren ser reconocidas por enmarcarse en un tipo de relaciones despojadas de valores vinculados con la tradición, la moral y el honor basado en el cumplimiento de normas convencionales, que hablan de nuevas estructuras familiares, el buen uso del cuerpo y la sexualidad de las mujeres (33).

En esta investigación se entenderá a la familia como una institución social diversa, que se construye en diferentes espacios físicos, que mantiene relaciones-afectivas, económicas y morales transnacionales, en donde se entretujan relaciones jerárquicas de poder y género, que transforman las identidades en la dinámica familiar.

Parella (2012) dice que los procesos migratorios transforman las dinámicas familiares redefiniendo y delimitando las relaciones de género dentro de ellas. “Los flujos migratorios

demandan nuevas estrategias para los miembros de la familia, los cuales deben adaptarse en los nuevos espacios dispersos” (662).

Dentro de este apartado, se tomará como base las dos premisas presentadas por Herrera y Carrillo (2009). La primera corresponde a la concepción de las “estructuras familiares como el producto de ajustes permanentes a las cambiantes circunstancias más que como estructuras fijas de organización social” (1); es decir, las familias están en un proceso continuo de reacomodación en el que las ideologías económicas, políticas y culturales delimitan cómo cada miembro de la familia debe enfrentar los cambios.

La segunda premisa se basa en el postulado de Nicholson (1997) que sostiene que la familia siempre garantiza: “la reproducción material y emocional de sus miembros” (citado por Herrera y Carrillo 2009, 4); su razonamiento apunta a evaluar el tipo de arreglos familiares que se dan para proveer económica y emocionalmente a las hijas e hijos cuando los medios-recursos son insuficientes o irregulares, y cómo responden a las nuevas demandas. El interés está en observar cómo la reorganización familiar mantiene lo económico y lo emocional dentro de las familias transnacionales en la cotidianidad y en su reproducción social, para explicar las diferentes modificaciones en los miembros de la familia.

En las experiencias familiares transnacionales las representaciones dominantes de la división sexual del trabajo se desvanecen, ya que el rol de cuidadora y el rol de proveedora se superponen. Las madres migrantes afirman su rol de proveedoras mediante el envío de remesas a sus familiares a su lugar de origen, y justifican su rol de reproductoras mediante el cuidado transnacional; a diferencia de lo que sucede en las familias fijas, donde la maternidad y su rol de madre se limitan al cuidado de sus hijos, de su familia y de su comunidad. “Esto representa una ruptura importante con el orden de género prevaleciente y legitimado por el Estado y las políticas” (Herrera 2011, 14).

### **1.3. Retorno y género**

Existe una abundante literatura que ha examinado el retorno dentro del proyecto migratorio como una etapa más. En esta sección, sin embargo, me concentraré en aquellos trabajos que han mirado las diferencias de género en estos procesos y, específicamente, en la experiencia de la migración ecuatoriana.

También la tomaré en cuenta desde la perspectiva transnacional, que concibe el retorno como parte del ciclo migratorio; es decir, la experiencia de los individuos que ejercen la transnacionalidad, ya sea por mantener vínculos afectivos, económicos o sociales o porque les posibilita mayor flexibilidad en cuanto a la movilidad internacional (Herrera y Pérez 2015, 225).

El proceso de retorno en Ecuador, según la investigación de Schramm (2011), fue influenciado indirectamente por la familia, pues esta no tiene la decisión final pero sí interviene como un factor de presión para la reunificación familiar. El autor recalca que no siempre la reintegración a la red social tiene efectos positivos pues esta poco a poco pone en evidencia los problemas de convivencia.

Para Hernández (2012) el retorno sigue parámetros específicos, delineados principalmente por los económicos, que obligan a las migrantes a retornar al país, ya que no se está cumpliendo, aparentemente, los objetivos iniciales del proyecto. Las mujeres retornan generalmente por la presión que ejercen sus familiares, que advierten con romper el acuerdo sobre los cuidados del hogar; además, el limitado acceso a la regularización en el país de destino, que ayudaría no solamente a la tranquilidad y a la estabilidad laboral sino también al proyecto de reunificación familiar, se vuelve cada vez más difícil de concretar. Para empeorar, las crisis económicas mundiales empujaron aún más a las mujeres a retornar a sus hogares y reinsertarse —familiar, laboral y económicamente— en un sistema completamente diferente al que estaban acostumbradas.

En su investigación, Herrera y Pérez (2015) resaltan el endurecimiento de las políticas migratorias mundiales, para recalcar que no solo se deben tomar en cuenta las condiciones económicas sino las estructuras estatales que se ensamblan en los espacios supranacionales para forzar el retorno. Para analizarlo, estas autoras proponen observar las trayectorias migratorias, laborales, capitales sociales y económicos que se difunden en los “contextos sociohistóricos particulares” (224).

El retorno provoca cambios en las relaciones de género dentro de la familia, que deben ser analizados de forma sistemática para distinguir sus diversas características y profundizar de acuerdo a cada experiencia.

El anhelo del retorno es constante durante el proyecto migratorio, especialmente en las mujeres, ya que el deseo de volver a ver a su familia, en especial a hijas e hijos, nunca deja de estar latente. Para las migrantes uno de los factores más decisivos para optar por el retorno es seguir manteniendo las relaciones familiares, pues ellas priorizan las demandas familiares antes que las propias.

La decisión se ancla en el cumplimiento parcial o total de los objetivos del proyecto migratorio, que crea expectativas positivas en los ámbitos laboral, económico y familiar. En asumir el costo emocional que este proceso demanda, juega un papel primordial la constante construcción del capital social. No son mayoría los casos que cumplen con la lógica del “retorno exitoso”, muchos lo deciden según la situación económica del país de origen. El retorno no está previsto de forma emocional ni es necesariamente una decisión autónoma: se la toma por factores externos al deseo real de volver a casa (Schramm 2011).

Para Herrera y Pérez (2015), la reinserción social y laboral de las personas que retornan a los lugares de origen, en este caso a Ecuador, tiene mucho que ver con los capitales — económicos, sociales y culturales— acumulados tanto en destino como en origen. Cuando se habla de capital social, se hace referencia a las redes familiares de pertenencia, que se traducen a una ventaja comparativa respecto a otros migrantes en cuanto a la facilidad de conseguir trabajo ligado a su experiencia en el lugar de destino. El idioma, la situación migratoria y el conocimiento que tiene de su lugar de origen, juegan un papel motivador para la reinserción laboral. Lamentablemente —como lo reafirman las autoras—:

[las mujeres] han sido estudiantes o trabajadoras no remuneradas antes de migrar, luego todas se insertan en algún tipo de trabajo con diversos grados de formalidad, pero en su mayoría en el sector de cuidados y trabajo doméstico. A su regreso a Ecuador, pocas se han reinsertado al mercado laboral; en su mayoría regresan a tareas del hogar con trabajos muy esporádicos y, en otras ocasiones, regresan a estudiar; es decir, es frecuente que al retornar no cuenten con un trabajo asalariado y esto las coloca, inexorablemente, en el espacio privado (229).

Los procesos de reinserción social, específicamente los femeninos, tienen características particulares: las mujeres experimentan la pérdida de autonomía económica, a su retorno las posibilidades de conseguir empleos en su rama —trabajo de limpieza o cuidados— son

escasas y mal remunerados. La imposibilidad de generar recursos económicos para sus familias evidencia que el orden de género tradicional se mantiene al retorno (2015).

La reinserción, tanto laboral como familiar, según las autoras, “produce una necesidad de adaptación” (225), lo mismo a los hombres que a las mujeres, para combinar las experiencias antes, durante y después de los procesos migratorios y evidenciar que las relaciones de género se transforman como efecto del proceso migratorio y la necesidad familiar.

Estas aproximaciones teóricas sirven de antecedente para analizar lo que sucede en el ámbito de las relaciones de género dentro de los núcleos familiares en los procesos de retorno.

## Capítulo 2. El éxodo ecuatoriano a Europa y el escenario de retorno

En este capítulo esbozaré el contexto migratorio ecuatoriano cuyo destino fue Europa. Describiendo los eventos de salida, las condiciones de vida de las personas migrantes a finales de la década de los noventa, y cómo se inicia el retorno de las ecuatorianas luego de la crisis inmobiliaria de 2008.

### 2.1. Escenario de la partida: crisis bancaria y éxodo

La publicación, *Ecuador: migración internacional en cifras* (2008), estimó que salieron 247 995 personas. Asimismo, en 2000 se registró 519 974 y en 2004 la salida se contabilizó en un total de 606 494. Las migraciones principales se hicieron desde Quito, Guayaquil y Cuenca con destino a Estados Unidos, España e Italia. La misma publicación afirma que la presencia femenina dentro de estos flujos migratorios se contabilizó de la siguiente manera, 1998: 128 714 mujeres; 1999: 181 785, y 2000: 240 335.

En el año 2000, el Gobierno de Jamil Mahuad adoptó la dolarización para frenar la caída de la economía ecuatoriana y fijó una tasa de 25 000 sucres por cada dólar. En este escenario de crisis económica la conmoción social se apoderó de las calles y derrocó al presidente, creando en su reemplazo un triunvirato que pasó el poder al vicepresidente Gustavo Noboa, quien mantuvo la dolarización. Este caos debilitó el tejido social y propició estados de *shock*, que tuvo enormes consecuencias en la reproducción social del país.

Para Vera (2013) la crisis que sufrió Ecuador en los años noventa produjo un grave desajuste en la dinámica económica, política y social del neoliberalismo que imperaba en este período. La más grande confiscación de depósitos por la quiebra de los principales bancos del país produjo la mayor crisis monetaria de su historia.

Según Herrera (2006), entre 1998 y 1999, se vivió una de las mayores dificultades financieras y económicas de la historia ecuatoriana: el PIB registró una caída del 7,3 %, el desempleo ascendió del 8 al 17 %, afectando especialmente a las mujeres en las tres principales ciudades del país. La crisis representó un aumento sustancial de la pobreza urbana y del desempleo afectando directamente a las esferas medias y los trabajadores permanentes.

La desatención del Estado en cuanto a salud, educación, reproducción social y precarización del empleo, que resultó de la crisis, fue el factor que más incidió en la mayor estampida migratoria de la historia del país, que esta vez afectó en gran medida a las mujeres.

Las migraciones ecuatorianas iniciales fueron promovidas y protagonizadas por los hombres; en esta ola las mujeres se unieron a las filas de la migración, transformando su paradigma y feminizándolo.

Como lo afirman Herrera (2006) y Camacho (2004), la crisis empujó a las mujeres ecuatorianas a emprender sus proyectos migratorios en busca de mejores condiciones laborales, sociales y económicas para ellas y sus familias. Muchas de ellas se quedaron como jefas de hogar cuando sucedió la primera ola migratoria masculina, años atrás.

La alta oferta de mano de obra en las naciones “menos desarrolladas”, los salarios bajos, el desempleo y la pobreza crónicas, crean las condiciones perfectas para atraer al migrante a los países industrializados, que siguen reproduciendo el ideal de progreso y modernidad, instaurado por los procesos colonizadores.

El crecimiento del flujo migratorio de ecuatorianas responde a las escasas posibilidades de trabajo, a los efectos de las políticas de estabilización y ajuste estructural de los ochenta y, como ya se dijo, a la grave inestabilidad socioeconómica, institucional y política de la segunda mitad de la década de los noventa.

“Lo que estaría mostrando la migración internacional de mujeres hacia tareas reproductivas es que las fronteras entre trabajo productivo y reproductivo parecen haber cambiado” (Herrera 2011,142). No obstante, la apertura de nuevos nichos de mercado feminizados, lo reproductivo se mercantiliza, se sigue manteniendo la concepción tradicional en la división del trabajo en cuanto a los roles de género, asociando cada vez más a las mujeres con las tareas domésticas. Los hallazgos de esta investigación así lo muestran: la mayoría, sino el total, de mujeres migrantes fueron a trabajar en el cuidado de ancianos, niñas y niños y la limpieza de casas, lo que reafirma el rol de “ser mujer” al reproducirse en las tareas remuneradas en el lugar de destino.

Las mujeres fueron las que más espacio ocuparon dentro de las estadísticas; España se convirtió en un destino cada vez más atractivo debido a los acuerdos que duraron hasta 2003,<sup>2</sup> que les permitía ingresar como turistas sin necesidad de visas. Pero no solo la apertura de empleos no calificados impulsó la migración femenina, también el conocimiento del idioma y las redes sociales establecidas por los migrantes que las antecedieron (Herrera, 2011).

El avance de las comunicaciones y la tecnología, junto al relativo bienestar logrado por los emigrantes ecuatorianos previos, se convirtió en un poderoso incentivo para que hombres y mujeres del sector rural serrano y, luego, todo el país se sumara a la inmensa masa poblacional que fue saliendo de las zonas empobrecidas hacia regiones prósperas en el extranjero (Camacho, 2004).

Los procesos migratorios ecuatorianos de los años noventa constituyeron el fenómeno social de finales de siglo, “el 38 % de los padres y el 34 % de las madres migrantes dejaron al menos un hijo menor de 18 años a cargo de otra persona” (Herrera 2011, 91).

La inserción de las migrantes ecuatorianas benefició el mercado laboral internacional de los cuidados y significó un gran alivio, ya que suplió la demanda de mano de obra internacional bajo condiciones de desprotección laboral. Según datos del Seguro Social Español, en 2010 (citados en Herrera 2011), la mayoría de mujeres ecuatorianas estuvo inmersa en actividades de cuidados y limpieza, lo que demuestra la utilidad de la presencia femenina en esos nichos laborales.

Por otra parte, los Estados del bienestar, especialmente europeos, mostraron gran desatención a las demandas de cuidados de las poblaciones de la tercera edad e infantiles. Esta despreocupación estatal se asocia a “factores estructurales como las bajas tasas de fecundidad y el envejecimiento acelerado de la población [...] particularmente en España, en donde el gasto social se encuentra por debajo del promedio de la Unión Europea” (Ramírez y Herrera 2008, 76).

---

<sup>2</sup> Esta apertura duró hasta finales de 2003, cuando España reformó su Ley de Extranjería, que restringió cada vez más la entrada (SICREMI 2012).

En definitiva, la crisis de la reproducción social mundial de ese entonces fraguó un terreno fértil para la migración femenina no cualificada, pues sus tareas de cuidado suplieron las que son obligación de los Estados con sus ciudadanos.

## **2.2. Condiciones de vida de la población ecuatoriana en España e Italia**

Uno de los principales destinos —como ya se mencionó— de las entrevistadas fue el viejo continente, especialmente España e Italia, países que recibieron una gran cantidad de migrantes ecuatorianas.

Así, entre los años 1996 y 2001, España se convirtió en el principal país de destino de la migración de los ecuatorianos con el 49,5 % del total de migrantes, seguido de Estados Unidos con el 27 % del total, y de Italia, con el 10 % de migrantes internacionales (INEC-Censo nacional de población, 2001). Aunque, eso sí, Estados Unidos sigue siendo el destino principal de los ecuatorianos en términos de volumen total de población migrante (Herrera 2005) (Iglesias 2015, 20).

Asimismo, el artículo de Correa-Quezada y Tituaña sobre la inmigración ecuatoriana y sus condiciones en el mercado laboral de España e Italia, apunta que los

datos oficiales de la población ecuatoriana (con residencia regular) evidencian que entre 1992 y 2002 la comunidad ecuatoriana en Italia aumentó más de diez veces, pasando de 1037 a 11 170 (Ministerio de Trabajo, 2015); además, de las 15 280 personas registradas en 2002 pasó a 53 220 en 2005 (97).

La comunidad ecuatoriana residente en España hasta 2015, según Julio Iglesias en *La población de origen ecuatoriano en España*, es producto de la masiva migración que provocó la crisis bancaria y estuvo encabezada por mujeres que dejaron atrás a sus hijos y esposos por la creciente demanda española de mano de obra para trabajos no cualificados como el de cuidados y de construcción. Los primeros arribos de ecuatorianas y ecuatorianos a España se realizaron entre 1999 y 2004, “tras un período inicial de fuerte precariedad social, laboral y jurídica” (15), ya que las condiciones de las personas migrantes los colocaba en una situación de vulnerabilidad porque eran trabajadoras y trabajadores baratos debido a su situación migratoria, social y económica.

Además de los ya enumerados, en el caso de algunas mujeres entrevistadas para esta tesis, se hizo evidente que otro de los factores para migrar fue la violencia intrafamiliar; ya en el país de acogida, las condiciones de precariedad laboral, social y económica tampoco cambiaron tanto. La adaptación a las nuevas condiciones de vida fue paulatina y, al principio, muy complicadas. Aliviaron en algo las redes sociales: dieron acompañamiento para sobrellevar los costos emocionales de la separación física y las tensiones familiares, y para establecerse y adaptarse al lugar de destino.

Siguiendo lo que narra Iglesias, la migración femenina ecuatoriana se vio atraída por la apertura de los mercados de trabajo de servicios y agrícolas, principalmente, en Barcelona, Madrid y la región de Murcia. En términos de reinserción laboral, la población migrante ecuatoriana se decantó por los trabajos de construcción —los hombres—, y de turismo y servicios —las mujeres—, que tenía gran demanda, era flexible, pero de bajo costo.

A partir de las estadísticas disponibles se pueden detectar algunas tendencias generales en relación con la inmigración ecuatoriana. Primero, el vertiginoso incremento de su presencia en el mercado de trabajo español. Así, en estos años, se pasa de los 7446 de enero de 1998, a las 147 196 en enero de 2004 (Colectivo IOE, 2007). Segundo, su inserción mayoritaria en tres sectores laborales: el servicio doméstico en áreas urbanas y protagonizado por población femenina, el trabajo manual en el sector de la construcción, en zonas urbanas y de costa, protagonizado por población masculina, y el trabajo manual en el sector agroexportador, ligado a la zona de Levante, y, sobre todo, aunque no únicamente, ligado a población masculina (Iglesias *et al.* 2015, 24).

Lo mismo sostiene el artículo de Correa-Quezada y Tituaña (2018), donde se afirma que los nichos de trabajo estaban diferenciados para hombres y mujeres; y que la creciente migración femenina a Italia se debía a la oferta de trabajos de servicio social ligados al cuidado de ancianos y niños.

Hasta antes de la crisis de 2008, las condiciones laborales, económicas, sociales y migratorias eran estables en ambos países. Las remuneraciones, a pesar de estar por debajo del salario básico, ayudaban a incrementar el envío de remesas para las familias en origen, las promociones en los lugares de trabajo, el sentimiento de arraigo y pertenencia eran situaciones que se iban sobrellevando, poco a poco, con el fin de cumplir el objetivo de la migración (Iglesias *et al.* 2015).

### 2.3.Crisis de 2008 y retorno

Tras la crisis inmobiliaria de 2008, el retorno migratorio —especialmente el femenino— es un punto pendiente en las agendas gubernamentales de varios países latinoamericanos, que está por traer una serie de cambios en la dinámica social.

Al respecto, cabe destacar un gran aumento de la tasa de desempleo, que ha pasado de un 7,5 % a un 31,2 %. Este hecho ha supuesto también una importante merma del poder adquisitivo y de la capacidad de gasto y ahorro. El impacto de la crisis también se puede vislumbrar en un elemento tan fundamental como el de la vivienda. Así, el número de personas que habitaba una vivienda en propiedad ha disminuido a la par que ha aumentado el peso de las viviendas de alquiler. Como puede pensarse el fenómeno de los desahucios no es ajeno para el colectivo y en torno a un 13,5 % ha sufrido en algún grado esta situación o tiene una sentencia judicial que le obliga a abandonar su vivienda (Iglesias et al. 2015, 27).

Bajo ese contexto internacional de crisis económica, sobre todo en España, emprenden el retorno 63 888 personas (hombres y mujeres) de un total de 247 312 que salieron del país en el período 2001-2010, según cifras del censo poblacional realizado por el INEC.<sup>3</sup>

Para Hernández (2012) el retorno cumple con parámetros específicos, delineados por la economía, que no les está permitiendo cumplir con los objetivos familiares, especialmente el de la reunificación familiar en el lugar de destino.

---

<sup>3</sup> Referencia tomada de: <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/censo-de-poblacion-y-vivienda/>; última visita: 13/05/2016

A partir del tercer trimestre del año 2008 la crisis económica global se hizo presente en España, apreciándose una disminución de la demanda agregada y las tasas de generación de empleo. La burbuja inmobiliaria y el inicio de la “crisis del ladrillo” fueron entre otros los sectores más visibles y más afectados por este fenómeno; estos comportamientos fueron el indicio de lo que sería la recesión de la economía española. La mano de obra extranjera es uno de los sectores más vulnerables, no solo porque no existen nuevas fuentes e iniciativas de generación de empleo, sino también porque una de las secuelas inmediatas de las crisis es la desocupación y el incremento del subempleo; los ecuatorianos son uno de esos conglomerados afectados (Correa-Quezada et al. 2018).

El retorno voluntario de estas personas se canaliza en 2008 mediante el programa Bienvenidos a Casa, impulsado por el Gobierno ecuatoriano. El proceso es una labor conjunta entre ministerios del Ejecutivo y el actual Viceministerio de Movilidad Humana, que es el ente rector que garantiza el regreso “voluntario, digno y sostenible” de los y las migrantes, activando una serie de medidas que faciliten su reinserción laboral y económica.

Este programa contempla no solamente la parte física del retorno, sino la económica, política, cultural, profesional para una verdadera reinserción de las personas migrantes.

Bajo los factores económicos y familiares ya enunciados se registró el retorno de 63 888 persona; una cifra no definitiva pues, a pesar de contar con un registro de entradas y salidas, el retorno no siempre es un proceso de estabilización sino también de nuevas estrategias para emprender otras migraciones, como insiste Giovanna Tipán de la Unidad de Movilidad Humana del Consejo Provincial de Pichincha: “no siempre las personas que regresan se estabilizan en el país, sino que vuelven a emprender nuevas trayectorias no solo internacionales sino nacionales” (entrevista, noviembre 2017).

Según la investigación de Schramm (2011), el retorno a Ecuador fue influenciado indirectamente por decisiones familiares; es decir, la familia no tuvo la decisión final pero sí intervino como un factor de presión. El autor subraya que no toda reintegración a la red social tiene efectos positivos, pues también esta pone en evidencia problemas de convivencia.

La crisis de 2008 disparó el retorno de las mujeres pues la mayoría perdió sus trabajos o su carga laboral disminuyó considerablemente. En la investigación, sin embargo, se advierte que el retorno siempre estuvo latente. Las mujeres madres tenían pendiente la idea de regresar, por

retomar los vínculos familiares, la inestabilidad económica en el lugar de destino y la falta de compromiso de las personas que se quedaron al cuidado de hijas e hijos.

Es lo que paso a analizar en los siguientes capítulos.

## **Capítulo 3. Causas de la migración femenina, proyectos migratorios y cuidados transnacionales**

En este capítulo observaremos los cambios que se produjeron durante el proceso migratorio. Empieza con la descripción de los perfiles de las mujeres entrevistadas. Luego examina las diferentes formas en que se establecieron los vínculos familiares a la distancia y el comportamiento de cada uno de los miembros al interior de las familias. Como ya lo mencioné, esta información se basa en lo recopilado en las entrevistas semiestructuradas a quince mujeres migrantes retornadas.

### **3.1. Perfiles de las mujeres migrantes, inserción laboral y proyectos migratorios**

Las mujeres entrevistadas tuvieron como destinos principales España e Italia. Diez de las quince migraron a estos dos países, la decisión para escogerlos se fundamentó en tres puntos: primero, la demanda significativa de mano de obra en servicios especializados de cuidado del hogar; segundo, el manejo del idioma; tercero, las redes migratorias tejidas por los migrantes ya establecidos en los lugares de destino.

Las actividades a las que se dedicaban estas mujeres antes de migrar eran en gran número los quehaceres domésticos y los estudios. Cinco de ellas accedieron a trabajos remunerados en la limpieza, o profesoras de apoyo o de recepción y asistencia administrativa.

El nivel de escolaridad de estas mujeres migrantes se distribuye en el siguiente orden: Gladis, Ruth y Lina completaron la primaria; Mónica, Vilma, Mery, Andrea, Ana y Martha son bachilleres; Estefanía, Angélica, Sofía, Lida y María egresaron de la universidad en Administración de empresas, Sistemas, Bellas Artes, Enfermería y Relaciones Públicas, respectivamente.

Sus ocupaciones, durante y después del proceso migratorio, fueron mayormente el cuidado de niñas, niños y ancianos y la limpieza de casa y oficinas, lo que redundó en que los flujos migratorios ecuatorianos estuvieron estrechamente ligados a la apertura de nichos laborales feminizados, que pasaban por crisis de cuidado y reproducción social en los países de origen (Herrera 2006). Sus ingresos fluctuaban entre los 800 y 1200 euros semanales; el 50 % de ese valor era enviado mensualmente para cubrir los gastos escolares, alimenticios, de salud y

lúdicos de hijos, hijas y personas que se quedaron a su cargo. Además, una buena parte del mensual se destinaba a adquirir bienes muebles e inmuebles.

Cinco de las quince mujeres migrantes entrevistadas emprendieron sus propios negocios de comida o fabricación de ropa; seis hacen trabajo no remunerado del hogar y cuatro están relacionadas a trabajos de limpieza o en el sector público. Es evidente que el número de mujeres que realizan trabajo de cuidado y reproducción es el más notable.

Todas estas mujeres dejaron a su familia, durante su estancia en el país de destino, en manos de terceros. El promedio de hijos/hijas que tienen las entrevistadas es de entre uno y tres, que fueron encargados a otras personas mientras cumplían con su proyecto migratorio. Ninguna de las entrevistadas pudo llevar a sus hijos a su lugar de destino.

Actualmente, de ellas cuatro son solteras, tres divorciadas, seis casadas y dos viven en unión libre. En cuanto a la composición familiar, al retorno: catorce viven con sus hijas e hijos; dos, además de vivir con sus hijos e hijas, viven con sus padres y hermanos. De las casadas y en unión libre (ocho en total), solamente tres se encuentran empleadas, y dividen los gastos familiares. Cecilia —una de las entrevistadas— está desempleada y dice que los gastos recaen sobre su esposo y su hijo, que trabajan. Lina, que es de casada, no vive con el padre de sus hijas y ella mantiene su hogar.

Las mujeres divorciadas y solteras (siete), son cabezas de familia y siguen cumpliendo el doble rol de proveedoras y cuidadoras.

Hasta que realicé la última entrevista, cinco de ellas no encontraban un trabajo estable sino de medio tiempo o esporádicos, que no alcanzaban para cubrir las necesidades familiares.

Sus perfiles se detallan en el siguiente cuadro:

### **Tabla 3.1. Perfil de entrevistadas**

| <b>Nombres y Apellidos</b>                 | <b>Edad</b> | <b>Estado Civil</b> | <b>Lugar de destino</b> | <b>A que se dedicaba antes de migrar</b>          | <b>Actividades desarrolladas en lugar de destino</b>         | <b>Actividades desarrolladas al retorno</b> | <b>Nivel de estudios</b>                                 | <b>Empleada</b> | <b>Desempleada</b> |
|--|-------------|---------------------|-------------------------|---|--|---|--|-----------------|--------------------|
| <b>Gladis Montero</b>                      | 51          | Divorciada          | Italia                  | Trabajadora no remunerada de Hogar                | Recolección de uvas, limpieza de casas                       | Emprendedor a negocio de comida rápida      | Primaria   | x               |                    |
| <b>Mónica Patricia Chamba Achig</b>        | 38          | Soltera             | Italia                  | Empleada privada                                  | Niñera, operadora sanitaria                                  | Trabajadora no remunerada de Hogar          | Bachiller  |                 | x                  |
| <b>Vilma Elizabeth Córdor Guamán</b>       | 36          | Casada              | España                  | Limpieza de empresas                              | Limpieza de hoteles  | Trabajo de limpieza                         | Bachiller  | x               |                    |
| <b>Estefanía Tapia Silva</b>               | 26          | Soltera             | España                  | Estudiante  | Estudios, niñera   | Empleada pública                            | Tercer nivel   | x               |                    |
| <b>Angélica Paulina Naranjo Andrade</b>    | 33          | Soltera             | España                  | Asistente administrativa                          | Cajera   | Dueña de local de terciena                  | Superior, 5° semestre de Sistemas/Auxiliar de enfermería | x               |                    |
| <b>Sofía Monserrathe Carrasco Tarquino</b> | 39          | Divorciada          | Alemania                | Estudiante/<br>Trabajadora no remunerada de Hogar | Estudiante, niñera, profesora, limpieza, cuidado de ancianos | Emprendedor a. Empresa de chocolate         | Superior   | x               |                    |
| <b>Mery Paulina Pérez Pérez</b>            | 37          | Casada              | España                  | estudiante/<br>Trabajadora no                     | Trabajo en hoteles   | Emprendedor a de ropa deportiva             | Bachiller  | x               |                    |

|   |    |            |               |   |   |                                    |           |   |   |
|---|----|------------|---------------|---|---|------------------------------------|-----------|---|---|
|   |    |            |               | remunerada de Hogar                               |   |                                    |           |   |   |
| <b>Andrea Patricia Lemos España</b>     | 33 | Soltera    | España        | Estudiante  | Limpieza de oficinas, cuidado de ancianos | Ama de casa                        | Bachiller |   | x |
| <b>Cecilia Elizabeth Robalino Ortíz</b> | 53 | Casada     | Canadá        | Profesora de apoyo                                | Recolección de frambuesas, tallerista     | Trabajadora no remunerada de Hogar | Técnico   |   | x |
| <b>Lida Cristina Masapanta Álvarez</b>  | 43 | Divorciada | Italia        | Trabajadora no remunerada de Hogar                | Cuidado de ancianos                       | Trabajadora no remunerada de Hogar | Superior  |   | x |
| <b>Nelly Patricia Benalcázar Moya</b>   | 60 | Soltera    | España        | Secretaria Voluntaria                             | Trabajo doméstico, niñera                 | Trabajadora no remunerada de Hogar | Bachiller |   | x |
| <b>Martha Cecilia Padilla González</b>  | 35 | Soltera    | Italia-España | Estudiante/<br>Trabajadora no remunerada de Hogar | Limpieza de casa, restaurantes            | Emprendedora de lubricadora        | Bachiller |   | x |
| <b>Silvia Rocío Maisincho Ramírez</b>   | 38 | Casada     | España        | Profesora   | Limpieza de hoteles                       | Recepcionista                      | Superior  | x |   |
| <b>Ruth Amparo Orozco Agualó</b>        | 53 | Divorciada | Suecia        | Trabajadora no remunerada de Hogar                | Limpieza de casas                         | Trabajadora no remunerada de Hogar | Primaria  | x |   |

**Lina Marlene  
González Báez**

52

Casada

España

Trabajadora no  
remunerada de  
Hogar

Trabajo en tiendas,  
limpieza de casas

Trabajos de  
limpieza de  
oficinas,  
ventas

Primaria

x

Elaborado por la autora con información de trabajo de campo.

A su retorno, las mujeres que se encuentran desempleadas, se ocupan del cuidado de su hogar. Dos de las entrevistadas, Andrea y Cecilia, dependen completamente del trabajo remunerado de sus esposos, mientras que Mónica, Nelly, Martha y Lida dependen de sus ahorros, de la manutención que aporta algún miembro de la familia o de trabajos informales remunerados.

En cuanto a sus condiciones antes de emprender el proyecto migratorio, doce de ellas — que viajaron al viejo continente— lo hicieron mediante una visa de turismo; solamente Vilma y Angélica viajaron con una visa de trabajo. Para Cecilia, el viaje tuvo varios tropiezos: hizo un largo recorrido hasta llegar a Canadá, atravesando pasos fronterizos irregulares. En la mayoría, los gastos de viaje fueron financiados por préstamos a instituciones financieras o a alguno de sus familiares. En el caso de Paulina, por su posición económica estable, hizo uso de sus ahorros.

En cuanto a la regularización de sus documentos en lugar de destino, Lina, Gladis, Estefanía, Angélica, Sofía, Paulina, Ruth y Andrea lograron obtener la nacionalidad; mientras que Mónica, Vilma, Cecilia, Lida, Nelly, Martha y Silvia no lograron arreglar su situación migratoria, a pesar de los varios años de estancia en el lugar de destino.

Para estas mujeres-madre-migrantes su proyecto se desarrolló básicamente con el apoyo de familiares y amigos. Andrea, asegura que los gastos de su viaje fueron financiados por su madre: cubrió la compra del boleto aéreo y el dinero que llevó. Para solventar sus gastos, Cecilia pidió un préstamo al banco con una tasa de interés altísima, para poder pagar al “coyotero” que la transportó hasta Canadá. Paulina y su pareja viajaron con los ahorros de ambos. A Nelly, quien no contó con el apoyo de su familia, le tocó vender la casa de su madre para poder costear el viaje.

La migración de estas mujeres implicó no solo el viaje, sino también su proyección: la decisión de volver o establecerse en el país de destino. La mayoría de las migrantes entrevistadas se fue con la idea de establecerse en el lugar de destino; solamente Vilma se fue con la idea de regresar. Entonces, si la idea inicial era quedarse definitivamente, es necesario analizar las causas para su retorno.

Los proyectos migratorios de estas mujeres se viabilizan basados en determinadas condiciones materiales, familiares y sociales: obtención de los recursos económicos, apoyo o aceptación familiar, delegación de responsabilidades que la migrante deja vacantes y otras cuestiones de orden práctico. Estas condiciones se resuelven a través de redes familiares y sociales (Román 2008, 57).

Desde la perspectiva de las entrevistadas, el tipo de ayuda que reciben de sus parejas y familias ampliadas, para emprender su proceso migratorio, no debe ser solamente económico sino sobre todo el compromiso de cuidar de hijos/hijas, su apoyo moral y, mucho mejor, si logran contar con contactos para integrarse a otras redes migratorias que puedan acogerlas en sus lugares de destino.

La mayoría contó con algún contacto previo antes de su partida, que es muy determinante, pues a través de estas redes se consolida la idea de migrar. Antes de viajar mantuvieron contacto con, al menos, una persona que les proporcionó información sobre la situación laboral, económica y las ventajas de aquel anhelado bienestar; que normalmente es en tono muy positivo: les hablan más de los beneficios y menos de las dificultades experimentadas. La mayoría fue acogida por familiares que ayudaron a insertarlas en el mercado laboral de estos países. —Si bien es cierto que quienes las acogen generalmente son familiares, parientes, amistades cercanas o/y terceras personas, esta acogida no es gratuita: las migrantes deben pagar la habitación, los servicios básicos y la comida—.

### **3.2. Representaciones de género y cuidados**

Los relatos de las historias de vida de estas mujeres migrantes reafirmaron ciertas condiciones de lo que llamamos la reproducción de roles de género dentro de la tradición familiar, religiosa y económica del sistema patriarcal que impone la división sexual del trabajo desde muy temprana edad. La sociedad ecuatoriana sigue sosteniendo y naturalizando estos roles: las mujeres son responsables del cuidado y la reproducción familiar; los hombres, de la provisión económica; roles que se convierten en relaciones de poder que colocan a la mujer en una situación de subalternidad, ya que su trabajo es menos reconocido y no remunerado.

Las representaciones construidas socialmente sobre qué es ser hombre y qué es ser mujer dentro de las familias, produce cierta obligatoriedad a las mujeres para que se adjudiquen el cuidado del hogar, y así cumplir con los estereotipos impuestos.

Así, la mayoría de las mujeres entrevistadas se construyen antes, durante y después de su proceso migratorio como madres, más no como sujetos individuales, tanto pesa la denominación de “ser madre”, que su principal motivación es mejorar la calidad de vida de hijas e hijos.

Antes de su proceso migratorio, por su situación de dependencia económica, cumplían en su totalidad con ese rol: catorce de las entrevistadas dijeron invertir todo su tiempo libre en el cuidado de hijas e hijos y del hogar. Su construcción como personas fue mediante su rol de madres no como mujeres.

Sin embargo, durante su proyecto migratorio experimentan procesos complejos de cambio en cuanto a su percepción como individuos, el poder que brinda la toma de decisiones y la independencia económica hacen que tengan nuevas posibilidades de invención, como lo afirma Ortega (2012): es la posibilidad de plantearse una nueva oportunidad para sostenerse en la vida, es un modo de construirse a través de cada historia.

En muchas de las entrevistas las mujeres mostraron su descontento en cuanto a las imposiciones de los roles de género: consideran que, al migrar, se desdibujan las fronteras de los roles de género dentro de las familias, como así lo sostiene Parella (2012), que dice que los procesos migratorios han transformado las dinámicas familiares y se han adaptado a las nuevas relaciones de género.

### **3.3. Contexto de salida y motivaciones para emprender sus procesos migratorios**

La migración ecuatoriana, sobre todo la femenina, respondió —insisto— específicamente al contexto social y económico que vivió el país en los años noventa, que trastornó tanto las condiciones de la vida como el flujo de las migraciones.

Más de la mitad de las mujeres entrevistadas decidió migrar por la desocupación de ellas y la de sus parejas. Mientras la crisis financiera avanzaba, Lida, de 33 años, decidió migrar el año 2000. Lo explica de esta manera.

El país se encontraba terrible; fue por la crisis económica de aquí que me fui a Italia, porque una amiga estaba ahí. Antes de migrar yo trabajaba en ventas, atención al cliente, en Cedatos como encuestadora, cajera, entre otras cosas, y la plata no me alcanzaba [...] mi hija que se quedó con mi madre, fui a trabajar para poder darle un mejor futuro a mi hija (Entrevista, abril de 2018).

Cecilia, de 52 años, relata el porqué de su decisión migratoria:

Yo migré por la situación económica del país. Justo era esto del Jamil, y me tocó vender mi casa en dólares, lo que yo vendí de la casa se hizo agua. No ve que lo que puso el Jamil a un dólar por veinticinco mil sucres nos fregó, y ahí yo decidí migrar (Entrevista, marzo de 2018).

Para Gladys, de 51 años, quien salió en 1996, su decisión se basó en la desesperación de ver que sus hijos no tenían qué llevarse a la boca:

En ese tiempo no teníamos para comer, estaba casada y tenía tres hijos que mantener y lo que mi esposo ganaba no nos alcanzaban [...] migré a Italia porque decían que había más trabajo para mujeres que para hombres (Entrevista, marzo de 2018).

Nelly, de sesenta años y madre soltera, migró en 1999 en busca de un mejor trabajo para solventar los gastos familiares.

Me fui a Madrid, España, porque necesitaba trabajar y, justo en esos años la gente migraba [...] me dijo un hermano mío que viniera porque allá había trabajo. La crisis bancaria sí me afectó. Yo trabajaba como secretaria de la Renovación Católica Carismática, una institución religiosa prácticamente, no me pagaban un sueldo, no tenía seguro, no tenía nada de eso. O sea, no tenía ningún beneficio de ley. Me vi obligada a irme, mi hija estaba estudiando en la escuela, yo tenía que ser para ella padre y madre. No ganaba ni el básico y así no podía aportar al hogar (Entrevista, abril de 2018).

Para Vilma, de 36 años, que migró en 2007, su principal motivo era la situación económica que tuvo que enfrentar después de su divorcio: su expareja dejó de aportar para la manutención de su hijo y los gastos de la casa.

En 2006 me divorcié del papá de mi hijo, que tenía cuatro años, y me quedé muy endeudada. Aparte, él no me daba la pensión de mi hijo y tuve problemas en mi casa, me tocó regresar a la vivienda de mi madre y estábamos todos estrechos; el ambiente era muy tenso con mi madre, entonces se dieron la oportunidad y un fin. Mi fin era hacer mi casa y tener un cuarto para mi hijo (Entrevista, febrero de 2018).

No solo la crisis financiera motivó la migración. Las causas fueron múltiples. Por ejemplo, para Ruth la principal razón para emprender su proyecto migratorio fue escapar de la violencia física de su pareja, que abusaba de su condición de proveedor y usaba la violencia para imponer todas sus condiciones. En su entrevista esta madre-migrante nos contó con detalle los abusos físicos de los que fue víctima y por qué lidio con ellos varios años.

Yo venía de un hogar completamente destruido, mi mamá era madre soltera y a mi papá solo le veía una vez al año. A pesar de esto, mi mamá siempre me tuvo bien atendida, ella trabajaba de sol a sol para cubrir todas mis necesidades. Cuando decidí casarme, a los quince años, me fui a vivir con mi esposo, a la casa de su madre; ahí empezó mi calvario, la señora no me quería, me hacía hacer todo, desde planchar hasta darles de comer a sus animales. Un día mi marido llegó tomado a querer acostarse conmigo, yo no quise y le empujé. Desde ese día ya nada fue igual: casi tres veces por semana él llegaba tomado y me metía severendas pisas; un día terminé en el hospital porque me pegó tan fuerte que me dejó inconsciente. Ese día yo decidí que debía hacer algo con mi vida, mis hijos estaban sufriendo mucho, estaban criándose en ese ambiente de peleas y malos tratos. Dos meses después me fui (Entrevista, mayo de 2018).

Para Paulina, de 37 años, casada, que migró en 2000, su principal motivación fue su superación. Se fue en busca de autonomía.

Yo decidí irme porque mi familia estaba bastante acomodada, y creo que lo que quise demostrarme a mí misma y al resto es que yo también podía trabajar por mí misma, que no necesitaba que ellos me acomodaran la vida. Yo me fui por eso, por un reto personal (Entrevista, marzo de 2018).

Sofía de 39 años, casada, salió del país en 2002 por dos motivos: el primero, reunirse con su esposo; el segundo, estudiar. Antes de migrar era estudiante y mamá.

Pude entender de las entrevistas que las motivaciones de estas mujeres coincidían en dos puntos: huir de la violencia y mejorar su calidad de vida. La mejor manera de independizarse (o librarse) de sus parejas es la independencia económica.

En resumen, los procesos migratorios de estas mujeres no se iniciaron únicamente por su situación de pobreza, también por el deseo de emprender algo nuevo o escapar de situaciones de violencia.

### **3.4. Experiencias de la maternidad transnacional**

#### **3.4.1. Proveedoras**

Según lo que se deriva de las entrevistas, la responsabilidad económica que asumen las mujeres durante sus procesos migratorios se ve cristalizada en el envío de remesas, así buscan cumplir con el objetivo de mejorar las condiciones de vida de la familia, brindándoles bienestar y confort económico, que justifique su ausencia.

Las madres migrantes enviaron remesas<sup>4</sup> a su familia mensualmente durante todo el período de estancia. El promedio de estas oscilaba entre 500 y 800 dólares: en algunos meses les requerían, más o menos, para financiar la construcción de sus obras, la entrada de sus hijas/hijos a escuela o colegio, u otros gastos. La mayor parte de las remesas estaba destinada para la manutención familiar.<sup>5</sup> Constantemente había envíos de dinero extra, para solventar gastos complementarios o ayudar financieramente a otros miembros de la familia.

Para las mujeres migrantes su ayuda económica era fundamental, pero no subsanaba la separación producto de la migración; en sus relatos, la preocupación por sus hijas e hijos no les dejaba estar tranquilas y disfrutar de su estancia.

#### **3.4.2. Organización en los temas de cuidado**

En cuanto al arreglo sobre el cuidado de hijas e hijos, todas las entrevistadas afirman que este estuvo a cargo de terceros: ya sea de su pareja o de alguna mujer de su familia ampliada (madres, hermanas o hijas mayores), perpetuando la idea de que la mujer debe encargarse del cuidado del hogar.

Vilma, por ejemplo, dejó a su hijo al cuidado de su madre, porque su expareja no quiso hacerse cargo de él y se negaba a que emprendiera su proceso migratorio sin el niño:

---

<sup>4</sup> Por definición, la remesa es periódica, por eso se hace la diferenciación entre esta y el dinero extra, que es un tipo de envío irregular en el tiempo y variable en el monto y destino que se le da (Román 2008, 72).

<sup>5</sup> Alimentación, arriendo, educación, salud de todos los miembros de la familia.

Él decía que cómo voy a ir abandonándole a mi hijo que, a la final, yo podía hacer lo mismo aquí que allá. Que lo más importante era criar bien al *guagua*. Él siempre pensó que yo debía quedarme en la casa, cocinando, planchando y atendiéndole a él y a mi hijo, porque no creía que las mujeres podíamos trabajar [...] Si se preocupaba tanto por el bienestar del niño, ¿por qué nunca quiso hacerse responsable mientras yo me iba a trabajar? (Entrevista, febrero de 2018).

Lida dejó el cuidado de sus hijos a su hija mayor, quien a su corta edad tuvo que hacerse cargo de sus dos hermanos menores, porque su padre les había dejado años atrás y no contaban con una red familiar cercana que pudiera hacerse cargo del cuidado: la mayoría de su familia ampliada también había emprendido procesos migratorios.

La situación de Gladis se complicó, pues, a pesar de haber dejado a sus dos hijas con su pareja, este decidió emprender su propio proyecto migratorio solo, cediendo el cuidado a su primera hija.

Cecilia dejó a sus hijos al cuidado de su esposo, quien trasladó el cuidado a su madre, sin el consentimiento de Cecilia —su pareja había formado una nueva familia meses después de su partida—:

No lo podía creer, nomás fueron tres o cuatro meses y ya me enteré de que él estaba con otra mujer y se había ido de la casa. Afortunadamente, mi madre que vive en el mismo terreno se hizo cargo de mis hijos, cosa que yo ni me enteré sino cuando mi cuñada me dijo (Entrevista, febrero de 2018).

Lina, Ruth y Silvia, en cambio, dejaron a sus hijas e hijos al cuidado de sus madres porque no confiaban en la responsabilidad de sus parejas; en sus entrevistas afirman que preferían que una figura femenina conocida pudiera hacerse cargo de ellas y ellos.

Silvia comenta: “Yo sabía que la mía era una muy buena madre porque me crio muy bien. Por eso les dejé a mis hijos a su cuidado de ella (entrevista, abril de 2018). La respuesta de Ruth me llamó mucho la atención, ella lo justificó de esta manera:

Cuando pensé con quién dejar a mis hijos, la primera que se me vino a la mente fue mi mami, porque yo soy igualita a ella. Así, por lo menos, mis hijos podían recordar a su madre [*llanto*] (Entrevista, mayo de 2018).

Como se puede notar, la mayoría de hijas e hijos se quedaron a cargo de una mujer de la familia, lo que reafirma el hecho de que el rol femenino siempre está ligado al cuidado y reproducción social, y que somos las propias mujeres quienes seguimos reproduciendo y afirmando que la figura femenina es mejor en el cuidado del hogar que los hombres.

### **3.4.3. Expectativas del cuidado**

En cuanto a los arreglos familiares antes de su partida, estos fueron acordados de forma verbal; las mujeres llegaron a un consenso entre sus madres, hijas y parejas, que se comprometieron a cuidar del hogar durante el proyecto migratorio.

Vilma encargó el cuidado de su hijo a su madre, quien lo cuidó, alimentó y educó por dos años.

El día en que me fui, mi madre me prometió que nunca le haría falta un beso, un abrazo y una caricia, para que cada día se acordara del amor inmenso que yo le tenía.  
(Entrevista, febrero de 2018)

Según Herrera (2011, 14):

Las historias sobre transferencias de cuidados desde los contextos de salida muestran que estas cadenas transnacionales se tejen en una red social y cultural construida sobre jerarquías de género, sociales y generacionales, que moldean la forma en que ocurren los arreglos de cuidado dentro de las familias y que se vinculan a prácticas muy arraigadas en las historias familiares. En consecuencia, a las desigualdades presentes dentro de las cadenas transnacionales de cuidado se suman las historias de dominación anteriores a la experiencia migratoria. Por tanto, la migración no es el único evento que activa riesgos frente al cuidado, sino que viene acompañada o antecedida por otras condiciones, tales como embarazos tempranos, separaciones de pareja, enfermedades crónicas o pobreza estructural.

Según sus confesiones, el compromiso del cuidado se desvaneció máximo en tres años. Las abuelas o hermanas se cansaron de criar a sus hijos/hijas. Algunos esposos

decidieron formar hogares paralelos, pocos meses después. Varios padres se despreocuparon de la crianza de sus hijos/as y dejaron de vivir con ellos/as. Además de otras situaciones. Por ejemplo, Gladis dice que después de que Manuel se enteró de su situación médica, las cosas cambiaron:

Un día recibí una llamada del Ecuador, era él, su voz se escuchaba quebrantada, como si quisiera llorar [...] Me dijo: Negra tengo cáncer y no sé cuánto más me quede de vida, tienes que regresar a cuidar de tus hijos, yo tengo que cuidar mi salud y esto será bien doloroso, así que te pido de favor que regreses”. Esa fue la primera llamada. Pasaron unas dos semanas y volví a llamar, esta vez me contestó mi hijo: me dijo que su papito no había regresado a la casa desde la última vez que habló conmigo. Mi hija me preguntó: “Mamita, ¿qué le dijiste a mi papi para que no regrese más nunca a la casa? Yo le respondí: “mijita, tu papi tuvo que irse porque no se sentía bien, él se está haciendo exámenes, pero vas a ver que en un mesecito más él va a regresar. Todo fue mentira, él nunca más regresó, pero no precisamente porque estaba enfermo y se fue a curar. Él ya tenía otra familia y otros hijos por quienes preocuparse. Él espero hasta que yo me fuera para irse con esa mujer [...] Después de un tiempo mis hijas se dieron cuenta de todo lo que pasaba (Entrevista, febrero de 2018).

Gladis tuvo que recurrir a su madre para que le ayudara con el cuidado de sus hijas/os mientras ella retornaba.

Sin embargo, algunos arreglos iniciales se mantuvieron sin modificaciones. Para Nelly el acuerdo verbal pactado con su madre se mantuvo durante todo el proyecto migratorio.

Desde el inicio quedamos con mi mamá que ella se haría cargo de mi hija y yo mandaba plata para pagar todos los gastos de la casa. Ella asumió la responsabilidad de su crianza, le iba a dejarla en la escuela, iba a las reuniones, le hacía los cumpleaños, le ayudaba en sus deberes, hacía todo con *mija* (Entrevista, abril de 2018).

Como lo explica Herrera (2011), las modificaciones en los acuerdos familiares casi siempre se dan por el cambio en las condiciones de las y los cuidadores. En el caso de las abuelas, su cansancio y condición, propios de la tercera edad, fueron factores importantes para romper con las negociaciones iniciales. En el caso de las hijas o hermanas mayores, la mayoría decidió formar hogares independientes y ya no pudieron

hacerse cargo de las y los hijos de las entrevistadas; y en el caso de sus parejas, fue porque decidieron renunciar a su cuidado.

#### **3.4.4. Percepciones sobre los roles de género durante el proceso migratorio**

Los cambios familiares y de roles se producen bajo un mismo patrón. Las mujeres que se quedaron a cargo del hogar toman el rol tradicional femenino y los hombres<sup>6</sup> del hogar asumen su rol masculino fragmentado, ya que ellos no son los que proveen al hogar directamente, sino que toman las decisiones sobre el dinero que envían las nuevas “proveedoras”. El poder económico, que está asociado con el rol de proveedora, no necesariamente significa poder de decisión dentro de las actividades cotidianas de la familia: en todas las entrevistas se afirma que las personas que tomaban las decisiones sobre en qué se gastaba el dinero extra o las remesas esporádicas eran casi siempre las figuras masculinas más cercanas al núcleo familiar.

Por ejemplo, en el caso de Lida quien decidía sobre los gastos en su familia era su pareja.

Con mi ausencia todo cambió. Mis hijos, que se quedaron bajo la custodia de mi esposo, me comentaban cómo habían decidido llevar la casa. Mi hija, la mayor, se encargaba de la limpieza de toda la casa, cocinaba, lavaba y planchaba y atendía a su padre y a mi hijo. Mi hijo simplemente se ocupaba de estudiar, a él no le daban oficio ni beneficio. Mi esposo “supuestamente” era el que llevaba el dinero al hogar [*risas*]. Si él para lo único que servía era para emborracharse y buscar mujeres. El dinero extra que enviaba cada mes para *las colas*, como quien dice, era totalmente administrado por mi exesposo (Entrevista, abril de 2018).

Para redundar en que las decisiones financieras las toma el hombre de la familia ampliada, Andrea nos cuenta que su hermano era el encargado de retirar el dinero mensual que enviaba para su hija, ya que él era el encargado de pagar la colegiatura, los servicios básicos, el arriendo, comprar la comida y administrar el uso del dinero extra, a pesar de que el cuidado de su hija estuvo en manos de su hermana. “Mi hermana mismo

---

<sup>6</sup> No necesariamente el padre, sino los hijos, tíos, primos.

me dijo que mandara la plata a nombre de él porque ella no quería manejar dinero” (entrevista, 24 de marzo de 2018).

El poder dentro de la familia está relacionado con el aporte económico que se haga dentro del hogar, el dinero es uno de los factores más importantes en el rol de proveedor/a. Sin embargo, en las entrevistas constaté que mientras más dinero aportaban al núcleo familiar menos poder de decisión familiar tenían. Las experiencias descritas reflejan que la inserción de las mujeres-madres al mercado laboral en los procesos migratorios y el envío de dinero no incrementan el poder de decisión ni sobre sus hijas e hijos ni sobre el dinero de las remesas. Por el contrario, disminuye, y todo hace suponer que sigue siendo la pareja o el hombre de la familia ampliada quien tiene el poder de decisión sobre el gasto dentro del núcleo familiar.

Resulta paradójico pues las mujeres, mientras se encontraban en el lugar de origen, eran las que tenían mayor incidencia en la toma de decisiones cotidianas —transporte, alimentación, servicios—, mientras que, al cumplir el proyecto migratorio, su injerencia se hacía mucho menor. Las mujeres-madres-migrantes, a pesar de que eran las proveedoras no tomaban decisiones en cuanto a la crianza de hijas/hijos, el uso del dinero, entre otros asuntos, ya que debían mediar con su pareja o con la persona que se quedó al cuidado de su familia. Su rol principal se limitaba al envío de las remesas cada mes. La investigación pudo advertir que además había una variante incluso más significativa, que sucedía con el dinero esporádico: la interferencia en la decisión sobre su uso era más imponente: se destinaba a una inversión específica, desde el punto de vista y necesidad masculinas.

Sofía, cuando decidía mandar dinero para gastos inesperados, este era administrado y recibido por su padre, quien lo solicitaba y gastaba.

Cuando mi padre me llamaba, ya sabía lo que quería, dinero para pagar las cuotas del carro que se había comprado. No podía negarle la ayuda porque mis hijos vivían en su casa al cuidado de mi madre. Era imposible negarse, a veces mandaba un poco más para que le dé a mi madre, pero esa plata casi nunca se entregaba a su destinataria (Entrevistas, marzo-abril de 2018).

El reacomodo de los miembros de la familia a sus nuevos roles durante el proceso migratorio provocó conflicto entre ellos/as, hijos e hijas debieron asumir nuevas responsabilidades, pero los padres se resistían a realizar labores domésticas, lo que desencadenó en maltratos físicos y verbales por parte de estos. La asignación de nuevas tareas dentro del hogar se dirigía especialmente al cuidado de la casa: limpieza, preparación de alimentos y cuidado de niños/as menores; labores que eran cubiertas por las madres antes de migrar.

Herrera y Carrillo (2009) dicen que la familia mantiene acuerdos para garantizar que las demandas, tanto económicas como emocionales, sean cubiertas a pesar de las reorganizaciones que se produzcan durante los procesos migratorios.

En cuanto a relaciones, doce de las quince entrevistadas tenían a su pareja viviendo en Ecuador. Sin embargo, al retornar, cambiaron su estado civil debido a las relaciones conflictivas que se generaron durante el proyecto migratorio. En cuanto a mantener una relación a distancia, pude identificar que la carencia afectiva y la falta de confianza coadyuvaron a la separación definitiva de diez de las mujeres migrantes.

Dos de las mujeres entrevistadas mantuvieron sus relaciones sentimentales a distancia y al retornar al lugar de origen.

### **3.5. Cambios masculinos frente a los cuidados y las transformaciones familiares durante la ausencia materna**

En Latinoamérica siempre se ha sustentado que la familia es el “núcleo de la sociedad”. La familia es el ámbito doméstico en donde cada individuo cumple con un rol específico, donde aumentan las desigualdades en las relaciones de género, especialmente para las mujeres. Para Anderson (1988):

Las familias son una asociación de personas, generalmente reconocibles por su corresponsabilidad y cooperación económica, por mantener prácticas de atención a sus miembros, y por asumir la nutrición y crianza de la nueva generación [...]. Son instituciones sociales que implican normas y leyes, tradicionales y costumbres, representaciones e imágenes. [...] Las familias se encargan de resolver problemas, satisfacer necesidades y cumplir funciones relevantes para los miembros de la sociedad en conjunto (197).

En los procesos migratorios, como afirman las mujeres entrevistadas, las actividades de cuidado se modifican, ya que los roles femeninos y masculinos asumen nuevas responsabilidades. Aparentemente, las prácticas cotidianas por las que atraviesan estas familias transnacionales construyen nuevas definiciones para los roles de género. La estructura familiar de estas mujeres ha sido biparental. Solamente una de ellas no se encasilla dentro de la definición, ya que ella es responsable del cuidado de su madre.

El artículo de Herrera y Carrillo (2009) enfatiza en tres puntos clave para entender los cambios producidos durante el proyecto migratorio dentro de las familias en origen. En el primero, dicen, se necesita pensar a los procesos migratorios como “heterogéneos” en salida y destino, mas no como dicotómicos. En el segundo, proponen quebrantar la idea “dicotómica” de que la migración produce situaciones de abandono, desintegración familiar o “la mantención de vínculos a través del tiempo y espacio” (Herrera y Carrillo 2009, 1). En el tercero, dicen que es importante hacer un análisis amplio y no unilateral de las transformaciones del estatus social de las familias, comunidades y jóvenes.

Los principales cambios que se perciben se dan en la conducta y el rendimiento escolar y en mantener los vínculos efectivos. En cuanto a lo escolar, la ausencia de una figura paterna o materna responsable de la/el menor ante la institución educativa fue muy evidente, y sus efectos también: bajo rendimiento académico y problemas de conducta.

Es notable y a veces grave el deterioro del estado anímico de las/los estudiantes, lo que está ligado a la percepción social del abandono materno. Sin embargo, los cambios no solo se dieron por la ausencia de la madre, sino también por la despreocupación de la persona que quedó a cargo; muchas hijas e hijos aseguran —según las entrevistadas— que se sintieron abandonados tanto por sus madres como por sus tutores/as.

A pesar del contacto diario, semanal o mensual, la separación física fue paulatinamente dando muestras de su afectación. La educación fue uno de los focos más visibles para entender las repercusiones de la migración. El rendimiento escolar y la conducta — insisto— se vieron severamente afectados.

Sin embargo, dos de las entrevistadas afirman que estos aspectos no estaban ligados al proceso migratorio, sino a la despreocupación de las personas a cargo de sus hijos/as.

Yo llamaba cada semana. Siempre me decía mi marido que mi hijo, el menor, era el que peor estaba en notas y que su conducta era pésima, pero ¿qué podía hacer? ¡Si yo estaba lejos! Él era el que debía hacerse responsable de que hagan sus deberes, vigilar su conducta, ¡hacerse cargo de su crianza! Pero ¡qué va!, nunca lo hizo. (Entrevista, Cecilia Robalino, marzo de 2018)

Las hijas de Lina acudieron a clases extras de matemáticas e inglés, de forma permanente; además, su abuela materna decidió ponerles en actividades extracurriculares para mantenerlos ocupados el mayor tiempo posible. En el caso de Ruth, la situación se volvió insoportable: su hija abandonó sus estudios universitarios ya que estaba embarazada. Gladis tuvo que aceptar la decisión de su hija mayor de dejar el bachillerato por un período: prefirió dedicarse a otras actividades; mientras que su hija menor acabó el bachillerato con dificultades académicas.

Nelly explicó lo difícil que fue tratar de hacerle seguimiento académico y de conducta a su hija. Después de terminar el colegio, no con las mejores notas, decidió entrar a la universidad...

Súper, eso me alegró mucho. Decidí mandarle más dinero para que se compre ropa bonita, para que vaya bien presentable y tenga para sus cosas: maquillajes, almuerzos, copias, libros, yo qué sé. El primer semestre, todo iba bien, le gustaba su carrera, le gustaba salir con sus amigos, pero nunca me imaginé la noticia que tenía que darme. Un día me llamó como a las tres de la mañana, yo me levanté asustada, no podían ser buenas noticias. En lo primero que pensé fue en mi madre, que me llamaban a decir que se había muerto. Cuando levanté el teléfono era un mar de llanto. Me dijo: “Mamá, tengo que decirte algo que no te va a gustar para nada”. Mi corazón se hizo chiquito y empecé a llorar... “Mamá, estoy embarazada, sé que me vas a odiar toda la vida, pero esta es mi decisión y tú no eres parte de ella, me voy a ir a vivir con el padre de mi hijo, adiós”. Fue después de ese sopetón que entendí que ya no era más su madre, que mi hija había crecido y que era dueña de su vida (Entrevista, abril de 2018).

Para afianzar las relaciones afectivas, resolver los problemas cotidianos, suplir ausencias, asumir responsabilidades y participar de los eventos especiales e importantes para la familia, el contacto telefónico o mediante Internet era indispensable. Las entrevistadas afirman que el contacto era casi diario, ya que se pretendía mantener los vínculos afectivos intactos.

Uno de los temas en que reiteraban y llamó mucho mi atención fue el del temor que tenían de que sus hijas e hijos cayeran en el alcoholismo o la drogadicción. Estas afirmaciones tienen que ver con la concepción construida y naturalizada sobre la definición de los roles de género, que afirman que las mujeres tienen toda la responsabilidad del éxito o fracaso en la crianza de hijos e hijas.

A pesar de la poca intromisión de las madres migrantes en la toma de decisiones familiares, su rol tradicional cambió. Las mujeres-madres eran las proveedoras del hogar durante el tiempo de estancia en los lugares de destino, sus parejas o las personas con quienes se quedaron sus hijas e hijos cumplían el rol de cuidadoras o cuidadores, que desmiente el paradigma de que los roles de género se designan según el sexo.

## **Capítulo 4. De regreso a casa: reinserción social, relaciones de género y maternidad**

En este capítulo trataré de complementar los hallazgos descritos en el anterior, analizando la experiencia de retorno: las motivaciones para regresar, los cambios que se produjeron en las familias, y la manera en que opera el orden de género en este proceso de reinserción de las mujeres. Haciendo hincapié en el doble rol que algunas mujeres-madres-migrantes tuvieron que desempeñar, y las dificultades de reinsertarse en el núcleo familiar.

Para ello, sustentaré el análisis en la información obtenida en las entrevistas; esta vez, la referida a la razón del retorno, las condiciones económicas, la reinserción, los reacomodos familiares, las características y condiciones específicas de las relaciones de pareja-responsabilidades-poder.

### **4.1. Motivaciones para el retorno**

Los hallazgos nos dicen que las mujeres-madres-migrantes tuvieron dos principales motivaciones: la primera, el desempleo e inestabilidad económica en destino, por la crisis financiera mundial del 2008. La segunda, restablecer las relaciones familiares, especialmente con su hijos e hijas.

A Paulina, la crisis inmobiliaria de España afectó gravemente su proyecto migratorio: tenía trabajo estable y muchas ofertas extras. Sin embargo, a partir de esa fecha se comenzó a caer todo:

Ya no había trabajo, cada vez nos reducían las horas de trabajo. Dejaron de llamarnos. Tuve que rentar los cuartos de mi piso porque ya no alcanzaba para enviar dinero y mantenerme; no podía pagar el crédito al banco para el piso, no podía mandar dinero y ni mantenerme. La cosa se volvía insostenible. No podía más. Así que tome la decisión de regresar. Pensé en lo económico y también en mis hijos, estaban entrando a la adolescencia y sabía que serían una carga para mi madre. (Entrevista, junio de 2018)

Lo mismo para Silvia: la falta de empleo fue uno de los principales factores para el retorno.

Cuando vi que dejaron de llamarme para los trabajos de limpieza de casas, decidí regresarme. Aguanté no más dos meses con los pocos ahorros que me sobraban porque casi todo mandaba para acá. Pasé esos meses en el piso de mi amiga solamente comprando la comida, porque era para lo único que tenía. Eso si no sabe mi familia, pero, bueno, después de esos dos meses decidí regresar. A la final, yo tenía techo y comida aquí, en Ecuador (Entrevista, julio de 2018).

El retorno se hizo inminente, pero no solo por la crisis: también es una consecuencia del deseo que siempre está presente en el proyecto migratorio. Schramm (2008, 250), hablando de las decisiones del retorno voluntario, destaca la influencia de una pequeña red transnacional de vínculos fuertes: la familia, el pequeño círculo de amigos cercanos—que crean la confianza de que la vuelta no es un fracaso— y las expectativas de acceder al capital social, disponible en forma de apoyo material para compensar las necesidades no cumplidas durante la estancia en Europa.

En los casos de las mujeres aquí investigadas el acceso al capital social no funcionó, afirman que no contaron con el apoyo emocional ni económico de ningún miembro familiar para su retorno. No contaron con las redes transnacionales para minimizar los impactos de las metas no cumplidas en su lugar de destino. Lo que indica que no siempre la familia es la red de apoyo principal, a pesar de que estas mujeres fueron el apoyo tanto económico como emocional de ella.

Cecilia dice que su decisión se basó en la demanda familiar que reclamaba su retorno porque se sentía abandonada; sin embargo, al regresar, su red emocional no existía.

Mi regreso fue por mis hijos. Yo estaba bien en Canadá, tenía buenos empleos, trabajaba duro, mandaba plata, pero uno de mis hijos me dijo “mamita vuelve, no podemos seguir así, separados. El otro día mi hermano se quemó y no pude ayudarlo. Él no era mi responsabilidad”. Esas palabras me llegaron al corazón, así que tuve que comprar el pasaje para el siguiente mes y dejar todos mis proyectos y sueños de llevarles o hacerme una casa. No me arrepiento, pero soy consciente de que no fue la mejor decisión, porque ahora cada uno hace su vida, es como que viviera con extraños (Entrevista, agosto de 2018).

La segunda causa para el retorno es cuando no se pudo realizar la reunificación familiar. En la mayoría de los casos la lejanía ha jugado un papel importante ya que las mujeres se han sentido responsables de haber dejado a sus hijos. Se cuestionan recurrentemente el tema del abandono y el no poder compartir con sus hijas e hijos sus infancias y adolescencias.

En la investigación pude sentir las necesidades emocionales de las migrantes y sus familias en cuanto a la reunificación familiar: existía la voluntad de regresar, pero el proceso de reintegración fue muy complejo en todos los ámbitos, enfrentaron un sinnúmero de dificultades que afectaron psicológica y emocionalmente a todos los miembros de la familia.

El retorno de Lina estuvo marcado por decepciones. Tuvo que enfrentar un hogar afectado por el alcoholismo y la falta de comunicación con sus hijas.

Hubo muchos problemas con mis hijas. Ya no podía aguantar más. Mi primera hija se quedó embarazada y decidió irse a vivir con su esposo a un cuarto. Imagínese, ella que tenía todo, no lujos, pero por lo menos un cuarto con televisión para ella solita. Cuando se fue a vivir con el muchacho, apenas tenían platos para la comida. Eso fue muy triste. Creo que ella hizo eso porque no tuvo la confianza de conversar conmigo y decirme que le ayude o no existía esa confianza porque yo no estuve presente en su vida. Mi segunda, quiso salirse del colegio e ir a trabajar en una peluquería, pero a ella sí que no la dejé. No sé qué pasó; los últimos dos años antes de regresar ellas empezaron a cambiar, supongo que, por el abandono, aunque no les faltaba nada. Serían las malas compañías o los chismes de la familia del papá que les llenó la cabeza (Entrevista, agosto de 2018).

Esta es una evidencia de cómo quebrantar la idea “dicotómica” de que la migración produce situaciones de abandono, desintegración familiar o, por otro lado, mantiene vínculos a través del tiempo y el espacio (Herrera y Carrillo 2009); la migración es, por el contrario, un escenario para el cambio en las dinámicas familiares o las rupturas de algunos vínculos, como la comunicación y el afecto.

La tercera causa era la violencia, la discriminación y la xenofobia de la que fueron víctimas en el lugar de destino. Según Sofía, el trato discriminatorio que recibió en su

lugar de trabajo por ser latina, las constantes muestras de racismo y machismo que encontraba en el lugar de destino la llevaron a la decisión. Como ella, muchas mujeres migrantes experimentaron violencias y discriminación de género, clase y etnia, a los que hay que sumar su condición migratoria de indocumentadas, que produce altos costos emocionales y las posiciona como población muy vulnerable (Camacho 2014).

Wilma cuenta que en su trabajo fue víctima de xenofobia por parte de un supervisor. Ella realizaba actividades de limpieza para empresas grandes y se relacionaba con mujeres migrantes ecuatorianas, bolivianas y peruanas. Casi siempre las mujeres eran las que se encargaban de la limpieza y los pocos hombres, de la supervisión.

Siempre nos hacían de menos a los ecuatorianos, decían que éramos borrachos, pero trabajadores [*risas*]. Mi supervisor nos tenía odio, decía que habíamos ido a España a quitar el trabajo a los ciudadanos españoles, que nosotras como nos vendíamos más barato, que dañábamos la reputación de las personas que en verdad necesitaban trabajar, como si fuéramos prostitutas. Él era muy racista, nunca se sentaba con nosotras a comer o nos preguntaba si estábamos bien, solo pasaba con su cara de amargado (Entrevista, mayo de 2018).

Además de estas tres causas, también surgía en las entrevistas un sentimiento que se puede identificar como discurso culpabilizador: estas mujeres se atribuían una gran responsabilidad en cuanto al éxito o el fracaso de las vidas de sus hijas e hijos, manteniendo las construcciones culturales sobre los roles de género que dictan que las madres no deben abandonar el hogar. Y este costo emocional, más la separación física y la falta de confianza y comunicación con sus seres queridos, fue determinante en la decisión de volver.

#### 4.2. Expectativas del retorno

A pesar de que pudieron regresar sin mayores inconvenientes, la mayoría de las entrevistadas dijo estar inconforme en cuanto al retorno, piensan que no fue la mejor decisión. Para comprender este razonamiento, en este acápite hablan de que no siempre se cumplen las expectativas del retorno, ni con la familia ni con los resultados económicos.

En lo primero, ellas aseguran que no imaginaron regresar para cumplir con ambos roles: suponían que iban a seguir manteniendo el de proveedoras y que sus parejas o familiares iban a seguir con el rol de cuidadoras/res; nunca previeron que su reinserción laboral iba a toparse con tan crítica falta de empleo en Ecuador y la baja valoración y remuneración que ofrecen por sus servicios especializados de limpieza y cuidados.

Los arreglos, tanto familiares como económicos, no se cumplieron de la manera en que se habían acordado. La distribución de las remesas no se hizo en los términos planteados. Sus proyectos para adquirir bienes o construir sus viviendas se truncaron o se realizaron a medias. El dinero extra se había malversado.

El que las estructuras de roles de género no se mantendrían en su retorno —ellas proveedoras, pareja o familia cuidadores— será analizado de acuerdo a cada experiencia migratoria y tomando en cuenta los factores que propone Herrera y Pérez (2015), a continuación.

Para Gladis, el retorno fue un proceso de muchas frustraciones; a su llegada, todas las cosas en que creía dejaron de convencerle.

Quando llegué, ese mismo rato quería regresarme. Suponía que yo mandaba dinero para la construcción de la casa, para las cosas de mis hijos, de mis padres, pero todo fue un engaño. La casa estaba a medio construir, mis hijos cada uno por su lado, uno de ellos iba a perder una pierna porque nunca fue al hospital. Imagínese, con tantas cosas, cómo no querer regresarse. Después de todo ese desastre, y lo de no encontrar trabajo y de no tener con qué mantener a la familia, hizo que caiga en depresión. Me pasaba solo llorando, no podía más. La verdad, nunca hubiera regresado; por lo menos allá no sufría tanto: ojos que no ven corazón que no siente (Entrevista, mayo de 2018).

Varias entrevistadas sostuvieron que la decisión del retorno respondió a emociones vinculadas con la familia. Pero, para Martha, el retorno fue una terrible decepción. “Si hubiera sabido cómo de complicadas estaban las cosas en mi hogar, nunca habría pensado en el regreso” (entrevista, julio de 2018). Saca esta conclusión de lo que encontró en la composición familiar, que nadie había mencionado a distancia: su pareja de aquel entonces mantenía una relación paralela mientras Martha regresaba.

El proceso del retorno tiene muchos factores y variables, para las que estas mujeres-madres no se encontraban preparadas. Después de varios años fuera, el deterioro de las relaciones familiares y de pareja eran evidentes. No se sentían parte ni de la una ni de la otra.

En cuanto a las relaciones de género, las construcciones de las identidades están basadas en las concepciones sociales y culturales de lo que significa ser mujer o varón en función de los propósitos familiares, con las normas, los valores, las leyes y los comportamientos de cada sexo que definen su rol dentro de la familia (Barbieri 1996).

Cuando regresé me tocó volver a ser toda una ama de casa. Tuve que planchar, cocinar, atender a mis hijas, lavar la ropa, hacer todo lo de la casa, porque me sentía culpable de haberles abandonado en su infancia, de no haberles atendido como ellas querían o como se suponía que debía hacerlo. Recuerdo que un día mi hija me dijo: “mamá ahora sí puedes plancharme el uniforme para ir a la escuela o hacerme el desayuno porque ya estás aquí” (Entrevista, Andrea Lemos, junio de 2018).

Esto es otra muestra de cómo las familias construyen las identidades de género según las actividades diarias que cumple cada miembro.

Al retorno, esta organización familiar vuelve a reacomodarse, con ciertas variantes. Las mujeres, que antes del proceso migratorio cumplían con el rol de cuidadoras, a su retorno suman a este el de proveedoras, desmontando aquello de que el sexo biológico no es un determinante para definir las identidades y roles de género.

Para Angélica, las concepciones de las identidades de género dentro de su familia se fueron redefiniendo a su retorno, pero en su contra: tuvo que ejercer ambos roles.

A pesar de todas las cosas que tuve que vivir: el desempleo, la desilusión y la depresión. Tuve que salir a buscar el pan diario para mi hijo. Decidí rentar esta casa grande para no descuidar mis tareas domésticas. Aquí, en el primer piso tengo mi tercena (gracias a ella puedo mantener a mi familia) y en el segundo es mi departamento. Cocino para mi hijo, mi madre y mi padre. Me encargo de limpiar y de todas las cosas de la casa (Entrevista, junio de 2018).

Para estas familias transnacionales las identidades de género pueden cambiar de acuerdo a las relaciones de género que se den a su interior; no por ello se transforma el orden jerárquico, las mujeres solo suman a su rol de cuidadoras el de proveedoras.

Donde sí se pudo observar un cambio drástico en las relaciones de género fue en el ámbito relacional. La ausencia física marcó un distanciamiento emocional que cuestionaba el proyecto migratorio por cómo este estaba afectando la vida cotidiana. Se complicaba básicamente por la ausencia de comunicación entre sus miembros: el vínculo afectivo difícilmente se logra sostener por la falta de confianza, sobre todo entre la pareja.

La separación física enfatiza la desconfianza que el proceso de migración inicia o continúa. En esta investigación se redundaba sobre la desconfianza hacia la pareja, muchas aseguran haber sido engañadas, sentimental o económicamente, por sus esposos mientras cumplían con su proyecto migratorio.

En cuanto a la fidelidad, en ambos casos —esposo y esposa—, están seguros de haber sido engañados por su pareja. Dentro de los matrimonios que permanecen, la confianza se va restituyendo después de varios acuerdos conyugales, y con el pasar de los días.

En el caso de Ruth, la desconfianza se agravó durante su estancia en Suecia: su esposo nunca invirtió en el negocio que habían decidido empezar. Otro caso que confirma que no todos los beneficiarios de las remesas administran el dinero como la mujer migrante lo supone, sino que lo convierten en un modo seguro de manutención propia.

Después de que mi marido me aseguró de que no teníamos ningún ahorro, a pesar de que yo mandaba específicamente para esto, me salió con que él también debería migrar para ayudar también con los gastos (Entrevista, agosto de 2018).

De vuelta en casa, muchas madres enfrentan al rechazo de sus hijos/hijas y un proceso largo y difícil de reconquista, cuyos resultados son inciertos. Sucede tal vez porque el retorno no pasó por un período de preparación o porque se crearon expectativas equivocadas. A las decepciones se puede sumar la necesidad de reasumir el rol abandonado antes de la emigración, lo que los otros miembros ya no aceptan (Schramm 2008, 256).

No fue una buena idea regresar, porque las cosas no son las mismas. Perdí la confianza de mis hijos, me siento culpable de haberles abandonado, mi marido ya no es el mismo y así como lo amé pues... ¿qué le diré? [...] No encuentro un trabajo estable y me siento infeliz. Solo espero la oportunidad de poder hacer mejor mi vida por allá. Además, mis hijos ya están grandes, ya no necesitan de mí. Ojalá algún día pueda regresar (Entrevista, Cecilia, julio de 2018).

Para todas las mujeres-madres-migrantes la dificultad de adaptarse al nuevo estilo de vida estuvo marcada básicamente por los problemas familiares con que tuvieron que lidiar a su retorno, sin olvidar el rechazo de la sociedad, que las estigmatiza por haber abandonado el hogar; muchos de sus familiares no tienen aún claro cuál fue el propósito del proyecto migratorio.

#### **4.3. Organización del trabajo y de la vida familiar al retorno**

Aquí analizo lo que ocurre con la hipótesis planteada para la investigación: de que estas mujeres sí protagonizaron un cambio de roles durante su proyecto migratorio: que de proveedoras volvieron al de cuidadoras, y algunas a cuidadoras-proveedoras; reafirmando que el orden de género se mantuvo al retorno, y que solo mutó mientras ellas estuvieron fuera.

Yo sí creo que cuando una regresa a este país, es como si regresara a hacer las mismas cosas. A pesar de que allá fui profesora de Arte y tenía mi dinero, y mandaba acá para que mis hijos estuvieran mejor. Cuando regresé fue como que nada había cambiado, regresé a ser la ama de casa, a pesar del emprendimiento que tengo de repostería. Regresé a cuidar de mis dos hijos, a preparar su comida, su ropa y cuidar de la casa. Sí, mi marido me ayudaba, pero no es lo mismo: regresé a ser mamá y a mantener a mis hijos también, porque lo que ganaba mi marido, que es músico, no servía de mucho (Entrevista, junio de 2018).

Los cambios de rol se visibilizaron en las actividades diarias, las quince mujeres entrevistadas trabajan esporádicamente o continuamente los cinco días a la semana para seguir manteniendo a su familia; básicamente, se dedicaron a lo aprendido en el lugar de destino. Su rol principal sigue siendo el de cuidadora del hogar, pero también cumplen el de proveedora, ya que sus cargas familiares han aumentado.

Cuando llegué no solamente me tocó trabajar, tuve que cuidar a mis hijos, tuve que mantenerles y atenderles. Poco después de que llegué mi marido se fue; encontré trabajos de vez en cuando, nada fijo. Por eso un día me fui al Consejo Provincial para que me ayuden. Me dieron una platita para empezar con mi emprendimiento y aquí estoy vendiendo comida, salchipapas y papi pollo para seguir manteniendo a mi última hija que tiene discapacidad y a mi varón que, por el problema de su pierna, no puede conseguir trabajo. Además, me traje a esta niña de mi pueblo, que era maltratada. A pesar de que trabajo para mantener a mi familia, no he descuidado mis tareas domésticas. En casa lavo, plancho, hago el desayuno, almuerzo y la merienda y trato de cuidar a mis hijos porque soy su madre. Las cosas no han cambiado, sigo siendo una ama de casa, a pesar de que también les mantengo como cuando estaba en Italia. Solamente cuando estuve allá puedo decir que mis roles eran otros, aquí son los mismos (Entrevista, Gladis Montero, mayo de 2018).

A su retorno, estas mujeres madres eran conscientes de que regresarían a cuidar de sus hijas e hijos, madres, padres; es decir, que la división sexual del trabajo y el orden de género establecido condiciona a las mujeres a regresar a su rol de cuidadora para seguir reproduciendo las concepciones tradicionales de lo que significa ser hombre y mujer dentro de las familias (Herrera y Pérez 2015).

Debo insistir en que todas estas mujeres reconocen que volvieron para cuidar de su hogar porque se sentían culpables del abandono y de las consecuencias que produjo su decisión migratoria.

Uno de los casos lo subraya todavía más: Mónica, que no es madre, regresó con el objetivo de cuidar de la suya y de su hermano, quienes estuvieron bajo su manutención durante todo el proceso migratorio. “Yo regresé porque mi madre estaba muy enferma y mi hermano ya no podía hacerse cargo” (entrevista, mayo de 2018). Es impresionante saber cómo todas las mujeres entrevistadas justificaron sus retornos por mantener las relaciones familiares, que, en otras palabras o en la práctica, consiste en cuidar a algún miembro de la familia.

#### 4.4. Aprendizajes

Las motivaciones para retornar son múltiples: mezclan motivos económicos con situaciones familiares, violencia de género y social con discriminación.

En la mayoría de los casos, el retorno es una experiencia decepcionante en varios sentidos. Por un lado, las mujeres deben reconstruir sus lazos de confianza, ya sea con sus hijos o con sus parejas —cuando todavía las tienen—; por otro lado, no cuentan con recursos económicos o resguardos sólidos producto de su migración.

Todas las mujeres regresaron a cumplir el doble rol de proveedoras y cuidadoras; también a un orden de género tradicional.

Las mujeres, por las concepciones sociales imperantes, siempre están ligadas al trabajo de cuidados, perpetuando los roles de género.

No todas las retornadas cumplen con ambos roles. —Andrea trabaja esporádicamente como asesora de Yambal; su marido, como guardia privado. Sin embargo, es la mujer la que cubre mayoritariamente los cuidados en el hogar. A pesar de tener un trabajo a medio tiempo, no se ha desligado del trabajo de cuidados.

Solamente en el caso de Paulina los roles cambiaron drásticamente. Ella salía a trabajar para proveer en el hogar; su esposo se encarga de las tareas del hogar. Por tanto, es necesario investigar los procesos migratorios desde sus propias particularidades.

## Conclusiones

Esta investigación se planteó analizar el proceso de retorno de un grupo de mujeres ecuatorianas migrantes y entender cuáles fueron las transformaciones que se produjeron en el ámbito de sus relaciones familiares e identidades de género.

Para iniciarla, realicé una revisión de algunos marcos analíticos feministas que estudiaron las desigualdades de género desde las migraciones internacionales, que ocurren bajo lógicas de la división sexual del trabajo, procesos de transformación de las relaciones de poder dentro de la familia transnacional y estudios recientes sobre el retorno.

Las propuestas teóricas sugieren entenderlo como un escenario donde se evidencian cambios en dinámicas, conductas y hábitos, que enfatizan en las transformaciones en la construcción de las identidades de género dentro de las familias transnacionales.

Estas algunas de sus conclusiones:

Primero, con respecto a las causas del éxodo femenino ecuatoriano, se destaca la situación de pobreza desencadenada por la crisis de los años noventa. Stark y Bloom (1985) recomiendan entender la migración como un espacio colectivo de toma de decisiones para minimizar los riesgos financieros al interior de la familia, en donde se diseñan estrategias de manutención social y económica mediante la migración de uno de sus miembros. Siendo así, el proyecto migratorio emprendido por estas mujeres-madres responde tanto a un deseo individual como familiar, ya que todos sus miembros son beneficiarios económicos, al ser los receptores del envío de las remesas, mensuales o semanales, para cubrir y cumplir con el objetivo de mejorar su calidad de vida.

Pero el factor económico no es el único impulso, existen múltiples causas. Al investigar pude conocer la segunda causa: el sistema patriarcal sigue operando en el imaginario de la sociedad y se refleja en las diferentes formas de violencia, de las que han sido víctimas las entrevistadas.

Segundo, con base en las indagaciones realizadas en cuanto a las identidades de género de las mujeres antes de migrar, puedo concluir que en la división del trabajo las cuestiones de reproducción siguen recayendo en las mujeres de la familia y lo productivo en la figura masculina. Antes y después de migrar el cuidado de la vida, las decisiones sobre hijos e hijas, es y sigue siendo responsabilidad de las mujeres-madres-migrantes. Lo que confirma que dentro de las familias tradicionales cada miembro familiar cumple con roles específicos, cuyas responsabilidades y obligaciones están preestablecidas por su sexo.

Durante su estancia en el extranjero, el rol de la mujer madre se enmarca en la manutención y provisión económica no solamente de sus hijos y pareja sino de su familia ampliada (madre, padre, hermanas, hermanos, o persona que quedó a cargo de sus hijas e hijos). El acceso al trabajo remunerado y la independencia económica de estas mujeres madres en el lugar de destino las convierten en la proveedora social y económica, transformando momentáneamente la composición familiar y las relaciones de género que interactúan dentro de sus estructuras.

A pesar de ello, los relatos de las entrevistadas aclaran que el envío de dinero continuo no implicó que ellas formaran parte de las decisiones familiares cotidianas. Los acuerdos económicos, el uso del tiempo y las decisiones sobre hijas e hijos las tomaba única y exclusivamente él o la tutora a cargo del cuidado. Fue recurrente en los relatos la disconformidad de las mujeres frente a la administración de *su* dinero, pues no se respetaban los acuerdos establecidos para su uso.

Por tanto, la migración femenina cambia las relaciones económicas y sociales que organizan las relaciones entre los géneros, pero se mantiene la exclusión de la mujer migrante en las decisiones familiares durante su estancia en el lugar de destino.

Debo señalar que las entrevistadas solamente se autoreconocieron como madres, invalidando la posibilidad de construirse como mujeres, también como consecuencia de la operatividad del sistema patriarcal, que solo acepta su condición de mujer como la madre que cuida de sus hijas e hijos.

Tercero, las relaciones familiares se deterioraron durante el proceso migratorio. La desconfianza y la ausencia física rompieron los vínculos afectivos entre madres migrantes, parejas, hijas e hijos, personas a cargo del cuidado. A su retorno, estas mujeres madres migrantes fueron testigas de las transformaciones en los roles de género y en las relaciones interpersonales. El alto costo emocional de la migración se puede palpar tanto en el sentimiento de abandono de hijas e hijos como en la culpa de las mujeres migrantes.

Esto sugiere reconocer que las experiencias de las migraciones femeninas y masculinas no son iguales: esta última reestructura las relaciones de poder dentro de las familias y reacomoda las identidades sexo-genéricas, al menos por un tiempo.

Cuarto, la reinserción y adaptación fueron difíciles: las dinámicas familiares se transformaron por completo. A su retorno, las mujeres retomaron su rol tradicional de cuidadoras y sumaron el de proveedoras, en condiciones casi precarias, ya que no encontraron un trabajo remunerado permanente.

Las transformaciones de roles en el núcleo familiar redefinieron las relaciones de género, para adaptarse y coexistir bajo condiciones diferentes en la estructura tradicional de la familia inicial. Las adaptaciones a las cambiantes circunstancias se hicieron para garantizar así “la reproducción material y emocional de sus miembros” (Herrera y Carrillo 2009). Esta reorganización familiar reacomoda las líneas de lo productivo y reproductivo, momentáneamente, pero mantiene el orden de género establecido por la sociedad: las mujeres volvieron a cumplir con su rol de reproducción y cuidado.

Podría afirmar que las relaciones de género dentro de las familias son cambiantes, especialmente cuando las mujeres han sido protagonistas. Sin embargo, estos cambios no procuran la igualdad. Para hacerlo, debemos empezar a desmontar los mecanismos que reproducen el orden “natural” de opresión cuestionando estas relaciones de poder jerárquicas cotidianas.

En cuanto a las limitaciones metodológicas, pude notar que la selección de mujeres para la investigación fue ardua, ya que no existe un registro de personas retornadas al país y

no es sencillo encontrarlas. Para suplir esta necesidad, tuve que recurrir a mis redes sociales más cercanas, muchas de ellas conocían por lo menos a una mujer retornada, lo que fue de mucha ayuda.

Debí plantear desde el inicio realizar entrevistas a todos o a la mayoría de miembros familiares, para recoger distintas percepciones en cuanto a las transformaciones de los roles de género y entender mejor las dinámicas en las relaciones.

Aún existen muchos vacíos en este estudio. Hace falta investigar otras aristas sobre el retorno. Por ejemplo, sobre el distanciamiento materno y cómo influye en las vidas de hijas e hijos. Profundizar en el análisis del porqué estas mujeres migrantes construyen sus subjetividades desde su rol de madre y no como mujeres.

Queda por indagar, también, cómo han influenciado estos procesos de retorno —si lo han hecho— en las políticas públicas del país para que estas garanticen el libre ejercicio de los derechos de las mujeres en su condición de migrantes.

## Referencias

- Aguirre Gladis. 2009. "Cuidado y lazos familiares en torno a la (in)movilidad de adolescentes en familias transnacionales. En *Miradas transnacionales: Visiones de la migración ecuatoriana desde España y Ecuador*, 18-30. Quito: Centro de Planificación y Estudios Sociales.
- Alcoff, Linda. 1988. "Cultural Feminism versus Post-Structuralism: Identity Crisis in Feminist Theory". *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 13 (3): 405-36.
- Anderson, Michael. 1988. *Aproximaciones a la historia de la familia occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- Arango, Gabriela, Magdalena León y Mara Viveros, comp. 1995. *Género e identidad: Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: TM Editores / Ediciones Uniandes / Facultad de Ciencias Humanas.
- Barbieri, Teresita de. 1996. "Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género". En *Estudios básicos de derechos humanos*, compilado por Antonio Cançado, Cherles Moyer y Cristina Zeledón, t. IV. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)-Instituto de Investigaciones Jurídicas (IIJ).  
<https://www.pj.gob.pe/wps/wcm/connect/ee4d8a0043f7d59d8031a5009dcdef12/2.+CertCert+y+malos+entendidos+sobre+la+categor%C3%ADa+de+g%C3%A9nero.pdf?MOM=AJPERES>.
- Butler, Judith. 2011. "Imitación e insubordinación de género". *Revista de Occidente*, 235: 85-109. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=22585>.
- Camacho, Gloria. 2004. "Feminización de las migraciones en el Ecuador". En *Migraciones: Un juego con cartas marcadas*, editado por Francisco Hidalgo, 303-26. Quito: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales-Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Camacho, Gloria, y Katty Hernández, eds. 2009. *Miradas transnacionales: Visiones de la migración ecuatoriana desde España y Ecuador*. Quito: CEPLAES.
- Correa-Quezada, Ronny, y María del Cisne Tituaña. 2018. "La inmigración ecuatoriana y sus condiciones en el mercado laboral de España e Italia". *ICE: Revista de Economía*, 900: 91-108.
- De Martino Bermúdez, Mónica. 2013. "Connel y el concepto de masculinidades hegemónicas: Notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu". *Revista Estudios Feministas*, 21: 283-300.  
[https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0104-026X2013000100015](https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-026X2013000100015).
- Flores, Natalia. 2010. "Cambios en la dinámica identitaria de género y en la división del trabajo en hombres y mujeres migrantes de retorno". Tesis de maestría, FLACSO México, México.
- Gregorio, Carmen. 1998. "La migración femenina y su impacto en las relaciones de género". *Revista Asparkia, Investigación Feminista*, 15: 208-309. <http://www.e-revistas.uji.es/index.php/asparkia/article/view/824>.
- Hernández, Katty. 2012. "¿Será de regresar para quedarse...? Retornos y nuevos desafíos. Un análisis desde el género". Documento presentado en mujeres relaciones de género y Estado en la experiencia migratoria: una agenda

- pendiente.
- Herrera, Gioconda. 2006. "Precarización del trabajo, crisis de reproducción social y migración femenina: Ecuatorianas en España y Estados Unidos". En *La persistencia de la desigualdad: Género, trabajo y pobreza en América Latina*, editado por Gioconda Herrera, 199-223. Quito: Consejo Nacional de Mujeres / FLACSO Ecuador / Secretaría Técnica del Frente Social.
- . 2011. "Ciudadanos globalizados y desigualdad social. Reflexiones sobre la feminización de la migración andina". *Revista Nueva Sociedad*, 233: 88-97. <https://nuso.org/articulo/cuidados-globalizados-y-desigualdad-social-reflexiones-sobre-la-feminizacion-de-la-poblacion-andina/>.
- . 2016. "Respuestas frente a la crisis en clave de género: Migración circular y retorno entre familias ecuatorianas en España y Ecuador". *Revista Investigaciones Feministas. Género, migraciones y transformaciones de la reproducción social y de los cuidados en la Europa del Sur* 7(1): 75-88. <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/432795>.
- Herrera, Gioconda, Alicia Torres y María Cristina Carrillo, eds. 2005. *La migración ecuatoriana: Transnacionalismo, redes e identidades*. Quito: FLACSO Ecuador / Plan Migración, Comunicación y Desarrollo.
- Herrera, Gioconda, y Lucía Pérez Martínez. 2015. ¿Tiempos de crisis, tiempos de retorno? Trayectorias migratorias, laborales y sociales de migrantes retornados en Ecuador". *Estudios Políticos*, 47: 221-41. DOI: 10.17533/udea.espo.n47a13.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette. 2001. "La incorporación de género a la migración: 'no sólo para las feministas ni solo para la familia'". En *Migración y relaciones de género en México*, editado por Dalia Barrera y Cristina Oehmichen, 423-451. Ciudad de México: Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP) / UNAM-IIIJ.
- Iglesias, Julio, Gorka Moreno, Mercedes Fernández, José Oleaga, Felipe Vega de la Cuadra Felipe. 2015. *La migración ecuatoriana y sus condiciones en el mercado laboral de España e Italia*. Madrid: Freepress S. Coop. Mad.
- Lagarde, Marcela. 1990. "Identidad femenina". Manuscrito inédito, <https://www.mep.go.cr/sites/default/files/Identidad%20femenina.pdf>.
- Ortega de Spurrier, Piedad. 2013. "Migraciones y efectos en la subjetividad, Hoy". *Ajayu*, 11 (1): 121-32. [http://www.scielo.org.bo/pdf/rap/v11n1/v11n1\\_a06.pdf](http://www.scielo.org.bo/pdf/rap/v11n1/v11n1_a06.pdf).
- Parsons Talcott. 1964. *Social Structure and Personality*. Nueva York: The Free Press.
- Parella, Sònia. 2012. "Familia transnacional y redefinición de los roles de género. El caso de la migración boliviana en España". *Papers: revista de sociología*, 97 (3): 661-84. <https://www.raco.cat/index.php/Papers/article/view/255855>.
- Ramírez, Jacques, y Gioconda. Herrera, eds. 2008. *América Latina migrante: Estado, familias e identidades*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Riquer, Florinda. 1992. "La identidad femenina en la frontera entre la conciencia y la interacción social". En *La voluntad de ser: Mujeres en los noventa*, compilado por María Luisa Tarrés, 51-64. Ciudad de México: Colegio de México.
- Román, Olivia. 2008. "Mientras no estamos: Estudio de caso sobre la migración de mujeres-madres de Cochabamba (Bolivia) a España". Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito, Ecuador.
- Sorensen, Ninna. 2015. "Great Recession, Migration Management and the Effect of Deportation to Latin America". En *Immigrant Vulnerability and Resilience*, editado por María Aysa Lastra y Lorenzo Cachón, 235-53. Nueva York: Springer International Publishing.

Schramm, Christian (2011). “Retorno y reinserción de migrantes ecuatorianos. La importancia de las redes transnacionales”. *Revista CIDOB* 93-94: 241-60.

Vera, María Pía. “Más vale pájaro en mano: crisis bancaria, ahorro y clases medias”. Tesis maestría, FLACSO Ecuador, Quito.